

CIVILIDAD, CIUDADANÍA Y SOCIEDAD COMERCIAL

LA IDEA DE LA CIVILIZACIÓN EN LA ESCUELA DE ESCOCIA
A PARTIR DE LAS *HISTORIAS* DE WILLIAM ROBERTSON
Y EL *ENSAYO SOBRE LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD CIVIL*
DE ADAM FERGUSON

GUILLERMO AVELEDO COLL

Departamento de Estudios
Políticos
Universidad Metropolitana

Out of [the state of civil government] there is a Dominion of Passions, war, fear, poverty, slowinlinesse, solitude, barbarisme, ignorance, and cruelty. In it, the Dominion of reason, peace, security, riches, decency, society, elegancy, sciences, and benevolence.

Thomas Hobbes

*The Citizen. Philosophical Rudiments
Concerning Government and Society* (1651), x,i.

PRELIMINARES

Para el “examen de las expresiones superiores (quiere decirse, culturalmente más acabadas) que ha adoptado la convivencia humana en distintos momentos de la historia occidental” (Soriano, s/f: 2), el estudio de las nociones de la idea de civilidad que tuvieron los intelectuales de la Ilustración escocesa es fundamental. Fue en la Escocia del siglo XVIII cuando apareció por primera vez el término “civilización” (en los escritos de Ferguson y Millar), entendida no solo como la condición estática, presente, de la palabra “civilidad”, sino como un sentido de refinamiento, “un lento proceso de educación” que, por prolongado, no debía ser subestimado en su dinamismo y dirección progresiva (Pons, 2001: 98). La legitimidad de este cambio radicaba en la conciencia ilustrada de que su época era testigo del mejoramiento que a lo largo de la historia había experimentado la especie humana.



Tal progreso, como veremos, se constituye en la metanarrativa de su propia condición. Los ilustrados escoceses vivían en perfecta conciencia de su papel: el de procurar el ascenso de su nación, Escocia, sin descuidar que tal ascenso había de estar encauzado en el empuje de la civilización que, allende los mares, desplegaba el rojo imperial británico. Escocia tenía menos de un siglo de haberse unido, en una progresiva y no poco accidentada adopción de costumbres, a Inglaterra. El programa de reformas que estos intelectuales apoyaban se legitimaba en la “subversión” de la historia de Escocia y en la creación de una identidad británica, más ajustada al rol de su nación en el reino y en el Imperio (Kidd, 1993: 2). Su rol como civilizadores, como impulsores de este proceso, era tanto nacional como global: a fin de cuentas, las discusiones sobre la civilidad y el establecimiento de jerarquías mundiales, y el debate sobre las instituciones relativas a una economía sostenida a través del comercio y la división del trabajo serían los precursores tanto de la economía política como disciplina moderna, como de la visión dominante acerca de las relaciones económicas entre la sociedad y el Estado en el mundo contemporáneo (Winch, 2006: 444-445), conectada con los enfrentamientos continentales alrededor de los efectos morales del intercambio y el lujo desde finales del siglo XVII. Así, cabe destacar que entre las distintas antítesis en que se ubica la noción de sociedad civil, en la Ilustración escocesa tal idea no se contrapone simplemente al estado natural, mucho menos a las instituciones del Estado. Como acota Bobbio:

Con Ferguson y los escoceses “sociedad civil” tiene otro significado: civilis no es adjetivo de civitas (condición política) sino de civilitas (condición civilizada). Sociedad civil significa sociedad civilizada (Smith, en efecto, utiliza el adjetivo civilized), que casi tiene un sinónimo en polished. La obra de Ferguson que describe el paso de las sociedades primitivas a las sociedades evolucionadas es una historia del progreso: la humanidad pasó y continúa pasando del estado salvaje de los pueblos cazadores sin propiedad y sin Estado al estado de barbarie de los pueblos que se ocupan de

la agricultura e introducen los primeros gérmenes de la propiedad al estado civil caracterizado por la institución de la propiedad, por el intercambio y por el Estado (Bobbio, 1997: 60-61).

Promover este paso hace a la sociedad civil (a la que pertenecen los intelectuales escoceses) la impulsora del “proceso de la civilización”, como señalaría Norbert Elias: proceso que implica una conciencia-de-sí, una percepción clara, desprovista de fanatismos, de que la civilización no es más que, simplemente, una expresión de sus propios dones (Elias, 1994: 41), de modo que:

The consciousness of their own superiority, the consciousness of this “civilization”, from now on serves at least those nations which have become colonial conquerors, and therefore a kind of upper class to large sections of the non-European world, as a justification of their rule (id.).

Entender el “proceso de la civilización” como concepto, así descrito, implica observar, en la larga duración, las modificaciones en las estructuras de la personalidad (249), y haría posible determinar cómo estas moldean las maneras y las instituciones sociales, proveyendo a estas de una determinada dirección (288). La dirección que ha de tomar el proceso civilizatorio, de acuerdo con Elias, es la de la eliminación de los particularismos hacia la homogeneización de maneras, la institucionalización de relaciones sociales y la estabilización de una autoridad que monopolice la violencia. En suma, se trata de un proceso dirigido hacia la centralización de la sociedad (269), lo cual se ajusta a las observaciones de los escoceses. Así, la adecuación de los individuos a patrones de conducta apropiados se asemeja al establecimiento de reglas de conducta dentro de los grupos humanos: cuando los hábitos y las estructuras de la personalidad individual se fundamentan en el autocontrol, en la superación de la mera volición sin refinamiento, se puede observar una correspondiente diferenciación y regulación de las normas de la sociedad. De modo que



Only with the formation of this kind of relatively stable monopolies do societies acquire those characteristics as a result of which the individuals forming them get attune, from infancy, to a highly regulated and differentiated pattern of self-restraint; only in conjunction with these monopolies does this kind of self-restraint require a higher degree of automaticity, does become, as it were, “second nature” (235).

Así, el libérrimo e indolente hombre primitivo se ha visto alcanzado, progresivamente, por las cadenas de la interdependencia social (448), que le dan un ámbito específico y unos roles determinados. El individuo, modificado y mejorado en sus hábitos, encuentra que su éxito social no depende de su fuerza o su disposición hacia la violencia, sino, más bien, en una disposición dada a la reflexión continua, a la previsión, al cálculo, al autocontrol, a la regulación articulada de los afectos. En suma, a la conciencia clara del terreno humano y no humano en el que se desenvuelve (476). El proceso de la civilización tiende, de este modo, a producir “a transformation of the whole drive and affect economy in the direction of a more continuous, stable and even regulation of drives and affects in all areas of conduct, in all sectors of his life” (452).

La construcción del Estado se ve aparejada, entonces, con la disposición del individuo a un comportamiento proper (como diría Smith). El trazado de tal proceso para los ilustrados tiene, en los textos que hemos revisado, ejemplos seminales. Tanto las *Historias...I* de William Robertson, como el *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* de Adam Ferguson (1966), describen el camino que recorre el individuo desde los establecimientos sociales más primitivos hasta la más civilizada de las naciones. La antítesis entre *rude* y *polished*, entre *savage*, *barbarian* y *civilized*, no es solamente cultural. El énfasis que hace

1 Para este trabajo, hemos revisado varias ediciones de las obras de Robertson, optando, al final, debido a la continuidad de la paginación y la casi ausencia de modificaciones, por la edición de las obras por Derby & Jackson, Nueva York, 1856, a excepción de su *Historia del Emperador Carlos V*.

Bobbio en la poca importancia de la condición política para la sociedad civil de los escoceses puede desviarnos de la intención de estos ilustrados. Ciertamente, el lenguaje de la sociedad comercial los aleja del lenguaje del humanismo cívico moderno (aunque, sin duda, Ferguson parece tender un puente entre ambos “idiomas”), pero solo en tanto que no se admita ninguna virtud cívica en el hombre cuyos modos han sido dulcificados por el comercio. Sin embargo, y aun admitiendo esto, se corre el riesgo de ignorar los fines (y las consecuencias) claramente políticas del esfuerzo de autores como Robertson y Ferguson. Las reformas y mejoras que atravesaba su sociedad, y sobre las cuales ellos tenían alguna influencia, modificaban no solo patrones de conducta particulares, sino relaciones de poder, distribuciones de propiedad y estatutos legales. Así mismo, la civilidad marcaba la pauta para las relaciones entre las naciones y las instituciones del derecho internacional (cruciales en el contexto de una civilización comercial). En buena medida, la *civilitas* era correlativa a la *civitas*, en especial si consideramos esta última no solo como virtud política, sino además como vida política institucionalizada, como sugiere Hobbes en nuestro epígrafe.

La importancia de ver estos cambios radica en que, dentro de la narrativa ilustrada de los escoceses, la comprensión de su condición civilizada solo podía ser alcanzada entendiéndolo largo y tortuoso proceso de su desarrollo. Lo que es más, los riesgos de su condición solo podrían avizorarse gracias a la comparación con otras civilizaciones y a la identificación de los rasgos que, de otros estadios, podían reconocerse en su circunstancia presente. Las historias de progresos son también historias de decadencia, en tanto que “one cannot understand the breakdown of civilized behaviour and feeling as long as one cannot understand and explain how civilized behaviour and feeling came to be constructed (...) in the first place” (Elias, 1994: 444-445).

Aunque el proceso puede adivinarse en los más diversos estados de la condición humana, la idea de civilización solo puede ubicarse dentro de una sociedad avanzada, “mejorada”. Alcanzar la *civility* implica llegar a un tipo de existencia valorado, a un modo de vida que se vincula al desarrollo de los



espacios públicos urbanos, donde el “hombre civil” logra distinguirse “del salvaje, del rústico, del bárbaro”, lo cual no se observa simplemente en los hechos sino en las normas que rigen las relaciones recíprocas entre los individuos. Designa un conjunto de valores políticos, morales y estéticos que discriminan entre las conductas apropiadas y lo reprochable, lo superado (Pons, 2001: 100-103). Como nota Lefebvre:

[W]hen we are talking about the progress, failures, greatness and weakness of civilization we do have a value judgment in mind. We have the idea that the civilization we are talking about —ours— is in itself something great and beautiful; something too which is nobler, more comfortable and better, both morally and materially speaking, than anything outside it —savagery, barbarity or semi-civilization. Finally, we are confident that such civilization, in which we participate, which we propagate, benefit and popularize, bestows on us all a certain value, prestige and dignity. For it is a collective asset enjoyed by all civilized societies. It is also an individual privilege which each of us proudly boasts that he possesses (Lefebvre, 1998: 161).

En fin, la noción de civilización es una idea proselitista para ser propagada, difundida, enseñada. Tal empeño sería clave en el movimiento escocés, a través del cual se configuraría el cambio de lenguaje político que corresponde a los méritos de la sociedad comercial. En tal sentido, el lenguaje del humanismo cívico declinaría (sin desaparecer, como veremos), con la imposición del reformismo *whig* y, en general, el surgimiento del discurso liberal a través de los avances de la Escuela de Escocia. La dimensión “pública de la vida” se enlazaría estrechamente con los supuestos privados que avanza el individuo de la sociedad comercial, como apunta Soriano, señalando a la sociedad civil de los escoceses no como el simple ámbito de las conductas refinadas, sino como un “orden inmanente bajo la responsabilidad de los individuos libres” (Soriano de García-Pelayo, 1996: 45), conciliando “los principios de la justicia, los términos de la razón y los de las pasiones de las *moral*

affections” (id.). En tal sentido, la reflexión escocesa abre paso a un modelo de ciudadanía nuevo en términos éticos, donde la virtud pasa de ser un “atributo de la esfera pública” a “un atributo de la moralidad privada”, del moderno individualismo (Seligman, 1997: 24-26). Este individualismo, sin embargo, supera el egoísmo sustentado en el interés preconizado por Hobbes o Mandeville². Como señala —in extenso— Pocock:

The ideals of virtue and commerce could not (...) be reconciled to one another, so long as “virtue” was employed in the austere civic, Roman [y “Neo-Harringtonian”³] sense (...). Now was perceived that such a virtuous citizen was such of a political and so little of a social animal as to be ancient and not modern, ancient to the point of being archaic.

Virtue was redefined “though there are signs of an inclination to abandon the word” with the aid of a concept of “manners”. As the individuals moved from the farmer-warrior world of ancient citizenship or Gothic *libertas*, he entered an increasingly transactional universe of “commerce and the arts” —the latter term signifying both the productive and audio-visual skills— in which his relationships with other social beings, and with their products, became increasingly complex and various, modifying and developing more and more aspects of his personality. Commerce, leisure, and — it was soon perceived with momentous consequences — the division and diversification of labour combined to bring this about; and if he could no longer engage in the activity and equality of ruling and being ruled, but had to depute his government and

2 Para todo el debate ético en la Gran Bretaña del siglo XVIII, véase Macintyre, Alasdair (1976). *Historia de la Ética*. Barcelona: Editorial Paidós, pp. 155-173.

3 Para una discusión sobre los neorromanos y harringtonianos del siglo XVII, véase Skinner, Quentin (1998). *Liberty before Liberalism*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-58.



defense to specialized and professional representatives, he was more than compensated for his loss of antique virtue by an indefinite and perhaps infinite enrichment of his personality, the product of the multiplying relationships, with both things and persons, in which he became progressively involved. Since these new relationships were social and not political in character, the capacities which led the individual to develop were called not “virtues” but “manners”, a term in which the ethical *mores* and the juristic *consuetudines* were combined (...); it was preeminently the function of commerce to refine the passions and polish the manners” (Pocock, 1985: 48-49).

La formulación ideológica del proyecto escocés avanzaría alrededor de la idea de progreso, desarrollando, necesariamente, una teoría estadal de la historia que diera cuenta de los avances de la civilización, construyendo con éxito una suerte de “humanismo comercial” (50). ¿Cómo podía promoverse este carácter sobre los rústicos remanentes de la sociedad e instituciones escocesas previas al Acto de Unión de 1707? El avance de la civilización sobre la nación dependería de ello. A la vez, ¿cómo podían los nobles ciudadanos escoceses progresar a través del comercio sin arriesgarse a la degeneración que corresponde al lujo? Los escritos de Robertson y Ferguson plantean estas cuestiones dentro de un esfuerzo promovido, como señala Smith en nuestro epígrafe, por el “love of country” y su mutable carácter.

El presente trabajo se ha dividido en tres partes. La primera, siguiendo el hilo de lo arriba expuesto, abordará la situación de Escocia durante el siglo XVIII como contexto al movimiento ilustrado escocés y sus avances historiográficos. La segunda parte tratará acerca de las *Historias* de William Robertson, haciendo énfasis en su semblanza sobre el carácter de los pueblos salvajes y bárbaros, y, finalmente, en su descripción del “genio comercial” y su benéfica influencia. Por último, pasamos a la revisión del *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil*, de Ferguson, repasando sus acotaciones sobre el carácter

natural del hombre, sus comentarios sobre los diferentes estadios del desarrollo social, hasta su caracterización de los rasgos y riesgos que implica la disposición de los individuos dentro de la sociedad comercial.

I. CIVILIDAD E ILUSTRACIÓN ESCOCESA

Cuando, a través de los Actos de Unión de 1707, Inglaterra y Escocia se convierten en el Reino Unido, se inicia en esta última nación una verdadera revolución administrativa, económica, política y legal (Kearney, 1999: 174). Aunque la Unión procuraba mantener las instituciones legales y eclesiásticas escocesas, mientras simultáneamente le ofrecía los beneficios de su incorporación al sistema imperial inglés (ahora británico), estas no se hicieron enemigas de las reformas. Muy al contrario, procuraron el avance de las mismas, moderando —en tanto fuera posible— los extremos encontrados (Morgan, 1984: 362).

La situación escocesa ameritaba tal espíritu reformista. Al momento de la Unión, Escocia era una nación políticamente atrasada (aún atada a los particularismos clánicos que dominaban las Highlands del norte, insuficientemente integradas a las más prósperas y civilizadas tierras bajas que, a través del avance del puritanismo habían abandonado los particularismos de la sumisión feudal), económicamente subdesarrollada (dividida entre modos de producción feudal a incipientes ingenios agrícolas modernos, tierras difíciles y poco cultivadas, sin mayor vinculación a la expansión comercial inglesa), sin cohesión cultural y políticamente dependiente (Dahrendorf, 2002). Pero los rigores de la condición escocesa permitieron su florecimiento. La pobreza les impulsó a estudiar las ciencias de la naturaleza para domar el rudo territorio del que disponían y mejorar su condición. Avanzaron, como pocos, en las ciencias humanas para poder apreciar y comprender los cambios que sucedían tanto en Escocia como en el extranjero, de cuyas tendencias intelectuales participaban como miembros de la República de las Letras (Emerson, 2003: 23-25). Pero pese a su cosmopolitismo, y aun pese a la idea de un movimiento ilustrado europeo, su proyecto era esencialmente na-



cional, aun si el avance de su nación implicaba la renuncia a un Estado escocés independiente.

Así, la realidad geográfica que hacía convivir, en un mismo tiempo, a un mundo moderno con un mundo atrasado, junto a la existencia de grupos y sociedades patrióticas (como la Select Society de Edimburgo, los Improvers in the Knowledge of Agriculture in Scotland, la Glasgow Literary Society, etc. (Robertson, 1997: 5; Emerson, 2003: 19-20) cuya atención estaba concentrada en atender los problemas económicos, políticos y sociales fueron el fermento del proyecto ilustrado escocés (Robertson, 1997: 1-2). Acaso la ausencia de una vida parlamentaria propia servía para que el conjunto de intelectuales que se movía libremente de estas sociedades privadas a las instituciones públicas debatiera los problemas y promoviera sus reformas con un celo casi legislativo en el interés general.

Los cambios, como era de esperarse, no se producirían sin oposiciones. Las revueltas jacobitas de 1715 y 1745, con su trágica conclusión en la Batalla de Culloden, marcarían el debate político al menos hasta comienzos del siglo XIX. Alrededor de los pretendientes de la vieja familia real se colocaron los elementos más conservadores de la sociedad escocesa y, principalmente, los intereses de los clanes, cuyo foco eran las tierras altas. Después de la segunda mitad del siglo XVIII, esta oposición fue cediendo a las reformas, ya fuese por el éxodo o la represión a las poblaciones de las Highlands, ya por la adopción por parte de estas de todo el programa de reformas, especialmente al momento en que los jefes de clan habían visto que las reformas a las leyes de propiedad sustitúan, con éxito, la agotada legitimidad de las relaciones feudales (Morgan, 1984: 423).

La naciente *intelligentsia* escocesa, formada alrededor de nombres como Hume, Smith, Millar (y, por supuesto, Robertson y Ferguson), tenía su ámbito de acción no en los salones de los ilustrados franceses, sino dentro de las mismas instituciones: la Iglesia y las universidades (y, en menor medida, la profesión del derecho), instituciones centrales de la vida pública escocesa, eran promotoras de reformas. Las universidades, más

abiertas a la innovación intelectual, ofrecían oportunidades lucrativas para los hombres de letras; la reforma del sistema educativo (con la abolición del sistema de regentes, que garantizaba el control ideológico y personal de los universitarios a manos de un solo profesor), y la creación de cátedras para nuevas materias (en historia, filosofía moral, matemáticas), estimularon la entrada de los nuevos especialistas en “polite subjects”, más propias del profesional moderno que empezaba a aparecer (Robertson, 1997: 4; Emerson, 2003: 18-19). Así mismo, dentro de la Iglesia de Escocia, el liderazgo moderado del Kirk —especialmente en Edimburgo y bajo la influencia de figuras como Carlyle y Robertson (Emerson, 2003: 14-15)— estimulaba el avance de los conocimientos terrenales por parte de su clero, mientras se mantuvieran alejados de la heterodoxia teológica, como compromiso a los sectores más tradicionalistas (y con mayor arraigo en la población) (Kettler, 1965: 26-27; Robertson, 1997: 4).

El corazón del proyecto de estos intelectuales se hallaba en tres campos de investigación relacionados: la filosofía moral, la economía política y la historia. De la primera, nombres como Hutcheson, Shaftesbury, Hume y Smith resuenan con fuerza en la historia de la ética, intentando traducir los valores de la ciudadanía virtuosa clásica al medio menos austero de la sociedad comercial (cf. Seligman, 1997: 24-26). La economía política todavía tiene en Escocia a su precursor moderno, Adam Smith, quien, junto a Hume y a Steuart, presentó a los principios económicos como independientes de la tradicional imposición del derecho natural, la religión o el derecho público clásico. Sus conceptos habían de ser comprendidos en sus propios términos. Sin embargo, la economía solo era una disciplina independiente hasta cierto punto: no podía alejarse del interés de estos intelectuales en la sociabilidad de los individuos, en el mejoramiento social y en la historia de las maneras (Robertson, 1997: 9-10).

Pero la gran contribución que acá nos concierne trata de los avances historiográficos de la Ilustración escocesa. Se trató de una “historia más rigurosa y de fundamentos más sólidos” (Soriano, 1992: 59), cuya preocupación por las fuentes diera cuenta de que el historiador no obviaba detalles. Como seña-



la Kirk, se trata de narradores con conciencia de sí mismos y de su condición (Kirk, 2000: 1137). La historia como disciplina debía servir al mejoramiento, a la civilización. Es una historia “escogida”, “elaborada” en lugar de “descubierta”: una metanarrativa de progreso y perfeccionamiento a lo largo del tiempo, que incluyese periodos de auge, declive y caída (1137-1138). Se trata, tanto para los escoceses como para el resto de los historiadores de su tiempo, de lo que Pocock ha denominado “Narrativa Ilustrada”, la cual asumía que “[t]he prehistory of this Europe was the history of the Roman church and the feudal kingdoms among which it had existed—a history of barbarism and religion” (Pocock, 1999: 112).

Emergiendo en lento progreso de esa historia de religión y barbarie, está la sociedad civil del siglo XVIII, sociedad civil que era moderna en dos sentidos: “modern (...) in having superseded the ecclesiastical and the fanatical—beginning to be called the medieval—and as having superseded the ancient and the virtuous, now seen as chief adversaries of the critical and the commercial” (id.). Esta sociedad comercial, caracterizada por el intercambio incesante de bienes y servicios (morales y materiales) entre sus miembros, era aquella en la que: “‘manners’ and ‘politeness’ could reign undisturbed, and philosophy was perceived as the sociable conversation which Enlightenment sought to make it”. Estos desarrollos “formed the basis of a striking series of contrasts with the ‘manners’ and ‘philosophy’ of either classical antiquity or the ‘Christian millennium’” (Pocock, 2001: 20).

De este modo, los ilustrados escoceses presentaban su civilización enfatizando el contraste entre esta y la sociedad europea previamente existente, mientras que el mundo no europeo (del cual veremos los comentarios de Ferguson y Robertson) era presentado como imagen y espejo de lo que definía al civilizado hombre de la sociedad comercial. El contraste de “maneras” servía a esta narrativa de varios modos: era la evidencia del progreso y su explicación. Sin acudir a secuencias rígidas, los cambios de modos de vida, de distribución de propiedad, de costumbres domésticas y de disposiciones sociales reflejaban la dirección del progreso. A la vez, las “maneras” servían para promover y defender un estilo de vida, ilustran-

do los rigores y las diferencias entre los contemporáneos y las “rude nations” (y Escocia tenía dentro de sí enclaves “polished” y “rude”): quienes permanecieran reacios a las mejoras, habían de tener un rol marginal.

Lo que es más, los autores acá referidos expresaron, en distintos puntos de sus obras, cómo la historia y su estudio es un signo característico de la vida civilizada, siendo una preocupación propia de las “polished societies”. Así, Adam Ferguson señalaría en su *Ensayo* cómo las historias de los pueblos de la antigüedad carecían de la claridad que el estudio riguroso impone, asemejando más la fantasía y la conjetura arrojada, que la teoría del cambio histórico que los escoceses, con su manejo de las fuentes y su visión de largo aliento, podían elaborar:

[T]he domestic antiquities of every nation must (...) be received with caution. They are, for most part, the mere conjectures or the fictions of subsequent ages; and even where at first they contained some resemblance of truth, they still vary with the imagination of those by whom they are transmitted, and in every generation receive a different form. They are made to bear the stamp of the times through which they have passed in the form of tradition, not of the ages to which their pretended descriptions relate. The information they bring, is not like the light reflected from a mirror, which delineates the object from which it originally came; but, like rays that come broken and dispersed from an opaque or unpolished surface, only give the colours and features of the body from which they were last reflected (Ferguson, 1966: 76).

Por su parte, William Robertson haría énfasis en la incapacidad de los salvajes de distinguir la historia del recuento fabuloso típico de la tradición oral. Solo con la influencia europea

Even among the most enlightened people, the period of authentic history is extremely short; and



every thing prior to that is fabulous or obscure⁴. It is not surprising, then, that the unlettered inhabitants of America, who have no solicitude about futurity, and little curiosity concerning what is passed, should be altogether unacquainted with their own original. The people on the two opposite coasts of America, who occupy those countries in America which approach nearest to the ancient continent are so remarkably rude, that it is altogether vain to search among them for such information as might discover the place from whence they came, or the ancestors of whom they are descended. Whatever light has been thrown on this subject is derived not from the natives of America, but from the inquisitive genius of their conquerors (Robertson, 1856d: 129-130).

También se conquistaba al rudo escocés, al salvaje americano, a los sofisticados pero bárbaros despotismos del Asia por medio de la historia. Este “genio inquisitivo”, capaz de hacer historia y no fábula, no era sino una faceta del “genio comercial”.

LAS HISTORIAS DE WILLIAM ROBERTSON

William Robertson⁵ nació en Borthwick, Mid Lothian, en 1721. Fue el hijo mayor del Rev. William Robertson. Recibió su educación en la escuela de Dalkeith y en la Universidad de Edimburgo. Desde temprano manifestó su vocación religiosa. En 1745 perdió a sus padres y se encargó de la manutención y educación de un hermano y siete hermanas menores, responsabilidad por la cual postergó su eventual unión matrimonial

4 Robertson hace un señalamiento similar en su *Historia de Escocia*, aduciendo que fueron los romanos los que iniciaron la verdadera historia en Escocia (Robertson, 1856a: 7).

5 Los detalles de esta semblanza son un resumen del esbozo biográfico encontrada en la edición de 1856 de *The History of the Discovery and Settlement of America*, que hemos utilizado, y cuyo autor presumiblemente sea el famoso compilador norteamericano y editor de la obra y John Frost (1856: i-xxxii).

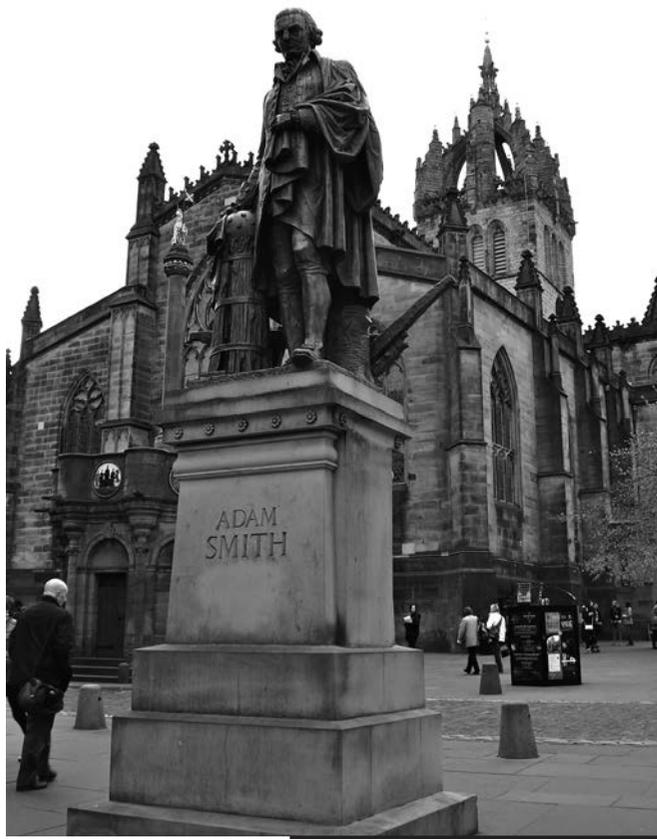
con Mary Nisbet, en 1751. Dos años antes, en 1743, había sido designado párroco en Gladsmuir, luego de haberse ordenado en 1741. Durante estos años se dedicó a su familia, sus responsabilidades religiosas y sus estudios.

Hasta la publicación, en 1759, de su *Historia de Escocia*, pasó una vida relativamente tranquila y de pocos sobresaltos, pero no anónima. En 1745, solicitó alistarse como voluntario en las fuerzas regulares reales para la defensa de Edimburgo contra los rebeldes jacobitas, pero fue rechazado por su falta de calificaciones militares. Al año siguiente, Robertson es elegido para una posición en la Asamblea General, la autoridad en asuntos eclesiásticos de la Iglesia de Escocia, en la que permaneció casi por el resto de su vida como representante principalísimo del partido moderado dentro del Kirk. En esta posición logró instituir medidas más rigurosas de jerarquía y subordinación en la Iglesia de Escocia, evitando las manipulaciones políticas alrededor del nombramiento de párrocos.

El asomo de su talento (entre las luminarias de la Ilustración escocesa) no llegó temprano. Robertson trabajó pacientemente en sus intereses académicos y literarios, hasta alcanzar la notoriedad que lo acompañaría a partir de 1759, con la publicación de su *Historia de Escocia*, que le proporcionó su primer viaje fuera de Escocia, a Londres. Este trabajo le trajo fama literaria y éxito editorial (que caracterizó casi toda su carrera como autor, siendo uno de los *best sellers* europeos de su tiempo). Robertson fue testigo en vida de catorce ediciones de esta historia, la segunda de ellas al mes de su aparición original. La celebridad obtenida le llevó a ser historiógrafo y capellán real (en 1761), y rector de la Universidad de Edimburgo, en 1762. No eran pocos los que le aconsejaban ingresar a la Iglesia de Inglaterra para lograr posiciones más elevadas, idea que este rechazó consistentemente.

Diez años después, Robertson publicó su *Historia del emperador Carlos V*, material al que llegó tras muchas cavilaciones, y al que acompañó con *Una visión de la historia del progreso de la sociedad en Europa desde la subversión del Imperio romano al comienzo del siglo XVI* (el pago de los editores por los derechos de autor de la obra llegaron a la, hasta entonces, astro-





Alexander Stoddart
Monumento a Adam Smith, 2008
 (Develada el 4 de Julio de 2008 por el Premio Nobel de Economía, Prof. Vernon L. Smith y situada en la plaza de la Catedral de San Giles. Como dato curioso debe señalarse que el tocado en el cuello fue modelado según el estilo usado por Thomas Jefferson y la peluca está inspirada en la comúnmente usada por George Washington, ambas cosas con la intención de recordar el apoyo que Smith siempre dio al libre comercio con las Américas.)

nómica cifra de £ 4.500). En 1777, publicó su primera edición de la *Historia de América* (la cual aceleró debido a la inminente guerra entre el Reino Unido y las colonias norteamericanas), gracias a la cual fue elegido como miembro honorario de la Real Academia Española de Historia. Así mismo, fue elegido en 1781 como uno de los miembros extranjeros de la

Academia de Ciencias de Padua y, en 1783, de la Academia Imperial de Ciencias en San Petersburgo. Robertson fue, además, fundador de la Real Sociedad de Edimburgo.

En 1780, Robertson se retira de la alta jerarquía eclesiástica, sin renunciar a sus deberes parroquiales, que cumplió hasta sus últimos días. Luego de su éxito literario, Robertson decidió abordar la historia de la India, lo que lo llevó a publicar, casi al final de su vida, su *Disquisición histórica sobre el conocimiento que los antiguos tenían sobre la India, y del progreso del comercio con ese país, antes del descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza* (1791). Esta disquisición tenía como apéndice un detallado estudio sobre el estado contemporáneo de la civilización India. Murió en 1793.

De los grandes historiadores ilustrados escoceses, Robertson fue el único que se dedicó enteramente a la Historia como disciplina. El fin de su trabajo, de acuerdo con la posición política que tenía con respecto a la unión y a las reformas en su nación, no era simplemente la vida literaria y el “trabajo de anticuario”, se trataba de un medio para armonizar los intereses en conflicto dentro de la sociedad escocesa como modo de proteger y apoyar los valores modernos de la sociedad comercial (O’Brien, 1997: 75). Pero, en lugar de concentrarse en resaltar el atraso de las maneras dentro de su propia sociedad, veía esta historia como parte de la amplia perspectiva de la modernización europea. Así, más allá de los conflictos históricos que no podían resolverse solo por la toma de posición en su *Historia de Escocia*, el observarlas como unos fenómenos más del progreso hacia sociedades más refinadas hace lógica su decisión de avanzar de esa historia nacional a la historia de Europa (con su *Historia del emperador Carlos V*) y, con esta, al desarrollo del orden político europeo moderno y a su expansión colonial (en sus historias de América y la India), desarrollo que, en última instancia, era el de la sociedad civil como “sociedad civilizada” (id.).

Dentro de esta tendencia, ciertos temas resaltan, a los fines de nuestro trabajo, en las obras de Ferguson. Estos serían el carácter del hombre salvaje, el avance de las sociedades bárbaras hacia la civilidad, y, finalmente, la benéfica influencia de la expansión mundial de las sociedades comerciales europeas. Esta



narrativa aparentemente lineal del progreso humano se basa en una serie compleja de causas cuya interdependencia es más importante para el historiador que la precisión cronológica (Robertson, 1856b: 19), la cual resulta poco útil sin la iluminación de las conjeturas propias de una historia ilustrada.

SALVAJES Y BÁRBAROS

En la apreciación que hace Robertson del hombre salvaje —el cual encuentra, fundamentalmente, en las tribus nativas de la América, en las tribus del noreste asiático, pero no en Europa— es la ausencia de las mejoras más básicas que puede imprimir sobre la naturaleza el esfuerzo humano. La vida agrariable, plena y saludable es solo posible gracias al trabajo:

The labour and operations of man not only improve and embellish the earth, but render it more wholesome and friendly to life. When any region lies neglected and destitute of cultivation, the air stagnates in the woods; putrid exhalations arise from the waters; the surface of the earth, loaded with rank vegetation, feels not the purifying influence of the sun or of the wind; the malignity of the distempers natural to the climate increases, and new maladies no less noxious are engendered (Robertson, 1856d: 127).

Entre los salvajes americanos, como corresponde al carácter de tales pueblos, el estado de la naturaleza sería terriblemente insalubre, se trataba de “wild unassisted nature” (126)⁶. Los habitantes originales de estas tierras, “as rude and indolent as ever” (id.), eran incapaces de proveer las mejoras que, para la vida civilizada, habían logrado los colonizadores europeos en

6 Esta imagen de una naturaleza terrible y decrepita es parte de un largo debate europeo durante los siglos XVIII y XX. La misma está reflejada admirablemente en el libro *La disputa del Nuevo Mundo*. Historia de una polémica, 1750-1900, de Antonello Gerbi (1960).

pocos años luego de su llegada. Robertson los describe, en repetidas ocasiones, como “so remarkably rude”:

The inhabitants of the New World were in a state of society so extremely rude as to be unacquainted with those arts which are the first essays of human ingenuity in its advance towards improvement. Even the most cultivated nations of America were strangers to many of those simple inventions which were almost coeval with society in other parts of the world, and were known in the earliest periods of civil life with which we have any acquaintance (132).

Poco más adelante, insiste en esta condición. La mayor parte de los habitantes de América, rudos en extremo, eran absolutamente ajenos a cualquier rasgo de civilidad, en especial a las nociones del tiempo y la previsión propias de una vida sistemática y activa. Para Robertson, los americanos vivían en una suerte de feliz indolencia provista por la abundancia natural y su consecuente molición:

In America, man appears under the rudest form in which we can conceive him to subsist. We behold communities just beginning to unite, and may examine the sentiments and actions of human beings in the infancy of social life, while they feel but imperfectly the force of its ties, and have scarcely relinquished their native liberty. That state of primeval simplicity, which was known in our continent only by the fanciful description of poets, really existed in the other. The greater part of its inhabitants were strangers to industry and labour, ignorant of arts, imperfectly acquainted with the nature of property, and enjoying almost without restriction or control the blessings which flowed spontaneously from the bounty of nature (137-138).

Indolentes, los salvajes (denominación que recae sobre la generalidad de los nativos americanos, excepción hecha de los incas



y los aztecas) se bastaban con lo que la naturaleza les proveía, sin esfuerzo alguno para la industria, sin principios de subordinación y sin las condiciones que se fomentan para la vida social. Después de estos párrafos, parecería que el autor siente un profundo desprecio por estos indolentes e insociables seres. Mas, en secciones posteriores, haría ver que este es un problema más complejo⁷. Para empezar, desde el hombre más *rude*, hasta el más civilizado, sin distingo de su raza, surgen de la misma fuente, la creación divina: “the descendants of one man, under the protection, as well as in obedience to the command of Heaven, multiplied and replenished the earth” (129). Robertson advierte, en repetidas ocasiones, sobre la arrogancia y el sesgo cultural que amenaza al conquistador (y al historiador) a su paso:

In every stage of society the faculties, the sentiments, and desires of men are so accommodate to their own state, that they become standards of excellence to themselves, they affix the idea of perfection and happiness to those attainments which resemble their own, and, wherever the objects and enjoyments to which they have been accustomed are wanting, confidently pronounce a people to be barbarous and miserable (Robertson, 1856d: 270-271; cf. Robertson, 1856e: 79-80).

Los salvajes americanos poseen una serie de virtudes propias de su condición. Aunque son limitadas, son sustanciales. Tienen un gran sentido de comunidad, acaso por lo reducido de sus grupos (Robertson, 1856d: 193), lo que los obliga a defender, no sin ferocidad, a quienes agreden a los suyos:

The savage, how imperfectly soever he may comprehend the principles of political union, feels warmly the sentiments of social affection, and the obligations arising from the ties of blood. On the

⁷ Robertson señala, sobre las impresiones que los europeos —en particular, los españoles— tienen sobre los hombres americanos, que enfatizar sus virtudes como “buenos salvajes” o desmerecerlos como brutos e inmejorables dificulta el estudio de su carácter (1856d: 139).

appearance of an injury or affront offered to his family or tribe, he kindles into rage, and pursues the authors of it with the keenest resentment. He considers it as cowardly to expect redress from any arm but his own, and as infamous to give up to another, the right of determining what reparation he should accept, or with what vengeance he should rest satisfied (Robertson, 1856b: 37).

Esto, por supuesto, deriva en un poco civilizado sistema de justicia, que invita al hombre a tomar la ley en sus propias manos, como corresponde acaso a una sociedad poco diferenciada en sus roles. Por otro lado, Robertson asigna al salvaje una fuerte independencia de espíritu, aun a costa de desarrollar ciertos afectos:

[I]t has a tendency, likewise, in some respects to check the exercise of affection, and to render the Herat contracted. The strongest feeling in the mind of the savage is a sense of his own independence. He has sacrificed so small a portion of his natural liberty by becoming a member of society that he remains, in a great degree, the sole master of his own actions (Robertson, 1856d: 191).

Su rudeza e insensibilidad son atribuidas a esta condición. Así, se convertían en dignos adversarios de sus conquistadores al defender con fiereza su mínimo dominio:

As independence nourishes the high spirit among savages, the perpetual wars in which they are engaged call it forth into action. Such long intervals of tranquility as are frequent in polished societies are unknown in the savage state. Their enmities, as I have observed, are implacable and immortal. The valour of the young men is never allowed to rust in inaction. The hatchet is always in the hand, either for attack or defence. (...) Accustomed to continual alarms, they grow familiar with danger; courage



becomes an habitual virtue, resulting naturally from their situation, and strengthened by constant exertions (193).

Sin embargo, su elogio del salvaje no comporta una censura absoluta de la expansión del hombre civilizado y de la imposición, a veces violenta, de sus maneras. A eso pasaremos más adelante. La condición de estos salvajes, su vida inelegante, la dureza de su entorno, no los hace atractivos ejemplos para el hombre moderno. El hombre salvaje carece de aptitudes políticas: no obedece leyes ni atiende a patrones regulares de comportamiento y sumisión. Más allá de su sentido de comunidad, el hombre salvaje no tiene fidelidades ni respeto a la autoridad. En las naciones *rude*:

[P]olitical union is so incomplete, their civil institutions and regulations so few, so simple, and of such slender authority, that men in this state ought to be viewed rather as independent agents, than as members of a regular society. The character of a savage results almost entirely from his sentiments or feelings as an individual, and is but little influenced by his imperfect subjection to government and order (140).

Así, en estas tribus, la posibilidad de desplegar el “talento político” es limitada. Las condiciones de su sociedad así lo garantizarían: sin necesidad de previsión para el futuro y absolutamente carentes de dimensión histórica, sería ya mucho pedir que se ocuparan de medidas de largo alcance, al estar ya inocentes ante las presiones cotidianas:

Where the idea of private property is incomplete, and no criminal jurisdiction is established, there is hardly any function of internal government to exercise. Where there is no commerce, and scarcely any intercourse among separate tribes; where enmity is implacable, and hostilities are carried on almost without intermission; there will be few

points of public concern to adjust with their neighbours; and that department of the affairs which may be denominated foreign, cannot be so intricate as to require much refined policy in conducting it (190).

La descripción concuerda con la idea de civilización que hemos anotado arriba: el proceso de formación de patrones regulados y diferenciados de control social es correlativo a la complejización de las relaciones sociales. El surgimiento de la propiedad privada, la aparición de las distintas profesiones y la regularización de los intercambios entre comunidades son condiciones inexistentes aún entre los hombres salvajes que irán apareciendo lentamente en las formas de convivencia humana.

Robertson no hace una descripción clara de los pueblos bárbaros, los cuales, sin embargo, habrían dejado atrás a los pueblos salvajes. La barbarie, aparente entre pueblos sumamente dispares (solo similares en su falta de civilidad), se acomoda al desarrollo de nuevos modos de producción, al crecimiento de las poblaciones, al avance tecnológico y a cierto avance en las maneras. Civilizaciones como la china, azteca o inca serían pueblos bárbaros; incluso naciones como España o la Escocia de las Highlands serían buenos ejemplos. En cualquier caso, la barbarie es un largo tránsito desde el oscurantismo destructor de civilizaciones a la superación, lenta e inadvertida, de sus rasgos más inconvenientes. Rasgos que aún podían observarse en la Europa del siglo XVIII.

HACIA LA CIVILIZACIÓN

La mejor elaboración que hace Robertson de la barbarie se encuentra en el estudio inicial que hace del progreso de Europa, para su *Historia del emperador Carlos V* (cf. Robertson, 1856b). Pese a sus cualidades específicas, estos pueblos bárbaros han perdido las virtudes de independencia y sentido de comunidad y, caracterizados por la ferocidad y el fanatismo, sometieron a la Europa unida bajo el impresionante pero corrompido dominio romano:



The Roman commonwealth had conquered the world by the wisdom of its civil maxims, and the rigour of its military discipline. But, under the emperors, the former were forgotten or despised, and the latter was gradually relaxed. (...) The limits of the empire continued to be as extensive as ever, while the spirit requisite for its defence declined, and its resources were exhausted. A vast body, languid and almost unanimated, became incapable of any effort to save itself, and was easily overpowered. The emperors, who had the absolute direction of this disordered system, sunk in the softness of eastern luxury, shut up within the walls of a palace, ignorant of war, unacquainted with affairs, and governed entirely by women and eunuchs, or by ministers equally effeminate, trembled at the approach of danger, and, under circumstances which called for the utmost vigour in council as well as in action, discovered all the impotent irresolution of fear and of folly. In every respect, the condition of the barbarous nations was the reverse of that of the Romans (Robertson, 1856b: 6-7).

La “marcha sangrienta” de los bárbaros, su “progreso destructivo” (10-11), marca el inicio del progreso del continente: “In the obscurity of the chaos occasioned by this general wreck of nations, we must search for the seeds of order, and endeavour to discover the first rudiments of the policy and laws now established in Europe” (id.). La Europa medieval, frente a la cual se rebelaba la ideología ilustrada, surgía de esta revolución histórica.

Los cambios que conducen al estado moderno de civilización se encontraban, entonces, inadvertidos en el nuevo estado de cosas impuesto por las invasiones bárbaras. A medida que sus conquistas avanzaban y se atenuaba la autoridad de las viejas leyes romanas, se delineaban nuevos dominios: las propiedades cambiaban de manos, las fidelidades de objeto. Las maneras se pulían. El inicio de este proceso responde a la aparición de un nuevo sistema económico que cubrirá toda Europa. La nueva división de propiedad introducirá nuevas reglas y maneras y, gradual-

mente, un nuevo sistema de gobierno: el feudalismo. Robertson no abunda demasiado en las peculiaridades del sistema feudal y apenas pasa por sus instituciones. Sin embargo, da buena cuenta de ciertos rasgos principales: el control político derivaba de privilegios y licencias particulares y dependencias personales. Todo esto daba lugar a una forma política inestable:

This new division of property, however, together with the maxims and manners to which it gave rise, gradually introduced a species of government formerly unknown. This singular institution is now distinguished by the name of the feudal system; and though the barbarous nations which framed it, settled in their new territories at different times, came from different countries, spoke various languages, and were under the command of separate leaders, the feudal policy and laws were established, with little variation, in every kingdom of Europe. (...) As the conquerors of Europe had their acquisitions to maintain, not only against such of the ancient inhabitants as they had spared, but against the more formidable inroads of new invaders, self-defence was their chief care, and seems to have been the chief object of their first institutions and policy. (...) But though the feudal policy seems to be so admirably calculated for defence against the assaults of any foreign power, its provisions for the interior order and tranquillity of society were extremely defective. The principles of disorder and corruption are discernible in that constitution under its best and most perfect form. They soon unfolded themselves, and, spreading with rapidity through every part of the system, produced the most fatal effects. The bond of political union was extremely feeble; the sources of anarchy were innumerable (11-13).

Las “fuentes de anarquía” eran innumerables, en tanto solo quien pudiera hacer valer su dominio “particular” —noción que correspondía al origen bárbaro de estas instituciones—



podía participar del poder político. Tal dominio solo podía hacerse valer por medio de la fuerza, como corresponde a la imagen de imposición violenta y de servidumbres que los ilustrados atribuyeron al medioevo. Además, aunque el bárbaro tenía las cualidades militares que el civilizado romano había perdido, no se acercaba a la nobleza del salvaje. El desorden en que se veía sumido hacía que el hombre medieval fuera incapaz de avanzar en las artes. Lo que es más

To these pernicious effects of the feudal anarchy may be added its fatal influence on the character and improvement of the human mind. If men do not enjoy the protection of regular government, together with the expectation of personal security, which naturally flows from it, they never attempt to make progress in science, nor aim at attaining refinement in taste, or in manners. That period of turbulence, oppression, and rapine, which I have described, was ill-suited to favour improvement in any of these. (...) As the inhabitants of Europe during these centuries were strangers to the arts which embellish a polished age, they were destitute of the virtues which abound among people who continue in a simple state. Force of mind, a sense of personal dignity, gallantry in enterprise, invincible perseverance in execution, contempt of danger and of death, are the characteristic virtues of uncivilized nations. But these are all the offspring of equality and independence, both which the feudal institutions had destroyed. The spirit of domination corrupted the nobles, the yoke of servitude depressed the people, the generous sentiments inspired by a sense of equality were extinguished, and hardly anything remained to be a check on ferocity and violence (15-17).

El hombre se encontraba en su estado más corrompido: la independencia, generosidad y simpleza de maneras del salvaje estaba perdida, mientras se imponía un carácter servil sobre los individuos. Su rudeza y su servilismo carecían del decoro

y la *propriety* del hombre refinado, lo cual lo llevaba a desenvolverse con ferocidad y violencia (18)⁸. Ni siquiera la aparición del cristianismo, morigerador de costumbres, podía paliar esta condición. Al contrario, la agravaba, puesto que la religión solo fue tomada en sus “objetos de culto”, no en “su espíritu”: el apego al ceremonial descuidaba la aspiración a la virtud y santidad correspondiente al hombre cristiano, lo que terminaba por corromperlo y hacerlo celosamente fanático (16-17).

En tales circunstancias, solo la aparición de un gobierno regular iba aparejada con el creciente refinamiento, y, con esto, la progresiva civilización de sus modos e instituciones podía modificar su carácter. Pero no se trata de un progreso inmediato; ciertos cambios fueron análogos a este progreso que, a través de eventos con efectos imperceptibles e imprevisibles, se fue dando en la civilización europea. Un evento crucial para tal progreso fueron las cruzadas. Estas expediciones, guiadas por un extravagante fanatismo (19-20), tuvieron el inesperado efecto de enfrentar a varias generaciones de guerreros europeos con los refinamientos de ciudades y puertos que habían iniciado la práctica del comercio y cuya cultura y civilización eran superiores (22). A su paso, y por la magnitud de tal empresa religiosa, la prosperidad de estas ciudades creció, acumularon inmunidades y fueron logrando diversos beneficios (22-25). El desarrollo de la ciudad medieval y de su jurisdicción municipal abrió el camino de la civilidad moderna:

Thus a succession of events, occasioned by the holy war, opened various sources from which wealth flowed in such abundance into these cities, as enabled them, in concurrence with another institution, which shall be immediately mentioned, to secure their own liberty and independence. (...) The institution to which I alluded was the forming of cities into communities, corporations, or bodies politic, and granting them the privilege of municipal jurisdiction, which

8 La falta de un monopolio de la violencia política que pudiera imponer conductas (con respecto a la sociedad) y de la formación de hábitos de autocontrol (con respecto a los individuos) son anotadas por Elias como características de la sociedad medieval (Elias, 1994: 159).



contributed more, perhaps, than any other cause, to introduce regular government, police, and arts, and to diffuse them over Europe. The feudal government had degenerated into a system of oppression. (...) But as soon as the cities of Italy began to turn their attention towards commerce, and to conceive some idea of the advantages which they might derive from it, they became impatient to shake off the yoke of their insolent lords, and to establish among themselves such a free and equal government as would render property secure, and industry flourishing (35-36).

La ciudad era a la vez el espacio de la *civitas* y el ámbito de la *civilitas*. Las sociedades que las habitaban se veían reguladas por la *police* y por la *politiness*⁹. Y así, surgían nuevas relaciones sociales, que superaban la servidumbre original del sistema feudal y daban lugar a la libertad; pero no solo al resurgimiento de la libertad de los antiguos, de los ciudadanos, sino a la emergencia de la libertad como autonomía y subjetividad:

The good effects of this new institution were immediately felt, and its influence on government as well as manners was no less extensive than salutary. A great body of the people was released from servitude, and from all the arbitrary and grievous impositions to which that wretched condition had subjected them. Towns, upon acquiring the right of community, became so many little republics, governed by known and equal laws. Liberty was deemed such an essential and characteristic part in their constitution, that if any slave took refuge in one of them, and resided there during a year without being claimed, he was instantly declared a freeman, and admitted as a member of the community. (...) The acquisition of liberty made such a happy change in the condition

⁹ Robertson hace un comentario elogioso de las ciudades incas, en especial de Cuzco, como muestra de que estos progresaban en sus primeros pasos desde la barbarie hacia la civilización (1856d: 338).

of all the members of communities, as roused them from that inaction into which they had been sunk by the wretchedness of their former state. The spirit of industry revived. Commerce became an object of attention, and began to flourish. Population increased. Independence was established; and wealth flowed into cities which had long been the seat of poverty and oppression. (...) The inhabitants of cities, having obtained personal freedom and municipal jurisdiction, soon acquired civil liberty and political power (29-31).

A la regularidad del gobierno la acompañó la normalización de la administración de justicia. El duelismo, basado en la noción medieval de honor (que carecía de sentido una vez reapareció el derecho escrito), comenzaba a ser reprobado. La violencia en el proceso judicial fue siendo abandonada paulatinamente. Se establecieron jurisdicciones locales (36-50). La generalización del derecho canónico y el renacimiento del estudio del derecho romano dieron pie al establecimiento de leyes generales y estables (54-58). Bajo la impresión de los nuevos sistemas de jurisprudencia, se produjo un cambio de maneras: la especialización de las profesiones apareció para suplir las demandas de diversos servicios y funciones que se hacían necesarias en una sociedad más compleja donde el espíritu de industria e invención (que emergía de las universidades) podía florecer (58, 65-66). Otro desarrollo que ayudó al mejoramiento de la barbarie hacia la civilización fue la generalización, desde la nobleza, de un carácter más “liberal y generoso”, gracias a la institución de la Caballería:

While improvements, so important with respect to the state of society and the administration of justice, gradually made progress in Europe, sentiments more liberal and generous had begun to animate the nobles. These were inspired by the spirit of chivalry, which, though considered, commonly, as a wild institution, the effect of caprice, and the source of extravagance, arose naturally from the state of society at that period,



and had a very serious influence in refining the manners of the European nations. (...) This singular institution, in which valour, gallantry, and religion, were so strangely blended, was wonderfully adapted to the taste and genius of martial nobles; and its effects were soon visible in their manners. (...) More gentle and polished manners were introduced, when courtesy was recommended as the most amiable of knightly virtues. Violence and oppression decreased, when it was reckoned meritorious to cheek and to punish them. A scrupulous adherence to truth, with the most religious attention to fulfil every engagement, became the distinguishing characteristic of a gentleman, because chivalry was regarded as the school of honour, and inculcated the most delicate sensibility with respect to those points. (...) The political and permanent effects of the spirit of chivalry have been less observed. Perhaps the humanity which accompanies all the operations of war, the refinements of gallantry, and the point of honour, the three chief circumstances which distinguish modern from ancient manners, may be ascribed in a great measure to this institution which has appeared whimsical to superficial observers, but by its effects has proved of great benefit to mankind (60-62)¹⁰.

Quehaceres más agradables e interesantes ocupaban el tiempo de los hombres, lo que generaba cierta afición por las “virtudes gentiles” de los caballeros (66). Sin duda, la actividad que más colaboró para el refinamiento de la sociedad fue el “dulce comercio”. El desarrollo del mismo, desde las ciudades-Estado italianas a las ciudades de la Liga Hanseática y los Países Bajos, lentamente promovió el intercambio regular (protegido

10 Ferguson hará similares comentarios, señalando que, junto a la influencia de la religión cristiana, la gentileza y la virtud guerrera se unieron. Si bien el fanatismo ha podido ser consecuencia de tal mejora, no hay nada en el cristianismo que invite de por sí a él, sino a la moderación de maneras violentas (Ferguson, 1966: 201-202).

por las reglas del derecho de gentes) entre las distintas poblaciones europeas y dio lugar al futuro de la expansión europea:

The progress of commerce had considerable influence in polishing the manners of the European nations, and in establishing among them order, equal laws, and humanity. The wants of men, in the original and most simple state of society, are so few, and their desires so limited, that they rest contented with the natural productions of their climate and soil, or with what they can add to these by their own rude industry. They have no superfluities to dispose of, and few necessities that demand a supply. Every little community subsisting on its own domestic stock, and satisfied with it, is either little acquainted with the states around it, or at variance with them. Society and manners must be considerably improved, and many provisions must be made for public order and personal security, before a liberal intercourse can take place between different nations. (...) Commerce tends to wear off those prejudices which maintain distinction and animosity between nations. It softens and polishes the manners of men. It unites them by one of the strongest of all ties, the desire of supplying their mutual wants. It disposes them to peace, by establishing in every state an order of citizens bound by their interest to be the guardians of public tranquility. (...) As soon as the commercial spirit acquires vigour, and begins to gain an ascendancy in any society, we discover a new genius in its policy, its alliances its wars, and its negotiations. In proportion as commerce made its way into the different countries of Europe, they successively turned their attention to those objects, and adopted those manners which occupy and distinguish polished nations (66-71).

El comercio, de este modo, logró modificar profundamente las maneras del hombre europeo, promoviendo, a través del



interés individual, modos de intercambio más regulares, pacíficos y refinados. Las reglas de comportamiento refinado, internalizadas por cada vez más amplios sectores de la población, pasaba de los intercambios públicos al comportamiento privado. Así, iban a pasar desde el continente hasta los confines del mundo.

EL GENIO COMERCIAL

De acuerdo con Robertson, los avances tecnológicos y culturales europeos promovieron a Europa a un lugar de primacía mundial. La expansión comercial global de las naciones marítimas europeas impulsaron, como nunca antes, la conexión de todo el mundo en una red de intercambio:

[T]he *commercial genius of Europe*, which has given it a visible ascendant over the three other divisions of the earth, by discerning their respective wants and resources, and by rendering them reciprocally subservient to one another, has established a union among them, from which it has derived an immense increase of opulence, of power, and of enjoyments (Robertson, 1856e: 62; cursivas nuestras).

Los diversos eventos que promovieron el surgimiento del comercio en Europa hicieron posible toda una nueva era para las distintas naciones de la tierra, gracias a la cual sus esfuerzos por revivir y mejorar la cultura y el refinamiento podían “benedicir, ilustrar y pulir a la humanidad” (73).

Este objetivo civilizatorio no siempre tuvo episodios nobles. La conquista de América por parte de los españoles tuvo momentos sangrientos que “deshonraban” su valor emprendedor (Robertson, 1856d: 132). Pero su crueldad ha de ser vista, en el contexto de su heroísmo, como parte de un movimiento general de la historia, parte de un proceso más amplio y benevolente. Se trataba, finalmente, de disposiciones de la Providencia y su “overruling wisdom” (Robertson citado por Smitten, 1985: 71-72; Francesconi, 1999: 2-3). Los problemas y tragedias apa-

Alexander Stoddart
Monumento a Adam Smith, 2008
(Detalle de la obra)



rentes de la historia son parte de ese plan, tanto como el liderazgo y empuje comercial británico sobre el mundo (Smitten, 1985:71-72). La influencia benéfica de la expansión inglesa habría de remover los obstáculos aún impuestos por la barbarie en Escocia, ayudando a desaparecer los prejuicios de la gente ruda hacia las costumbres más civilizadas:

At length the union having incorporated the two nations, and rendered them one people, the distinctions which had subsisted for many ages gradually wear away; peculiarities disappear; the same manners prevail in both parts of the island; the same authors are read and admired; the same entertainments are frequented by the elegant and polite; and the same standard of taste and of purity



in language is established. The Scots, after being placed, during a whole century, in a situation no less fatal to the liberty than to the taste and genius of the nation, were at once put in possession of privileges more valuable than those which their ancestors had formerly enjoyed; and every obstruction that had retarded their pursuit, or prevented their acquisition of literary fame, was totally removed (Robertson, 1856a: 322).

Otro tanto, por ejemplo, pasaba con la India, un pueblo “highly civilized” cuyas normas consuetudinarias fueron recogidas en derecho positivo solo gracias a los esfuerzos promovidos por los gobernadores ingleses, junto a la colaboración de sabios religiosos. De ese esfuerzo aparece el “Hindoo Code”, comparable al Código de Justiniano, y moderador de los conflictos religiosos entre musulmanes e hindúes. La estabilidad de la propiedad y de la estratificación social estaba garantizada, junto a la “humanidad” en la resolución de disputas. La paz y la regularidad en el gobierno serían garantizadas por las autoridades coloniales, aliadas y protectoras de las antiguas monarquías y castas autóctonas (Robertson, 1856e: 79-80).

Vuelve con esto a aparecer una imagen etnocéntrica y de ideólogo de la expansión británica en Robertson. La supremacía implícita en la noción de civilización está, sin embargo, moderada por las responsabilidades del hombre civilizado que, más que conquistador, ha de ser explorador y educador. Si los hombres son igualmente parte de la creación divina, la supremacía de unos sobre otros solo podía acercarse a los designios de Su plan. La arrogancia del conquistador era un riesgo que podía llegar a corromper el carácter de la civilización comercial:

Polished nations, conscious of the advantages which they derive from their knowledge and arts, are apt to view rude nations with peculiar scorn, and, in the pride of superiority, will hardly allow either their occupations, their feelings, or their pleasures, to be worthy of men. It has seldom been the lot of communities, in their early and unpoli-

hed state, to fall under the observation of persons endowed with force of mind superior to vulgar prejudices, and capable of contemplating man, under whatever aspect he appears, with a candid and discerning eye (Robertson, 1856d: 139).

El lamentable expediente de las conquistas europeas, pese a sus fines benéficos al largo plazo, ha de ser reivindicado por la civilización comercial. El pasado de violencia y arrogancia debía ser, según Robertson, corregido ahora por la mayor potencia imperial: el Reino Unido. Aun si las ventajas y diferencias invitan a la prepotencia, esta ha de ser reprochada por el hombre civilizado, cuya empresa ha de ser incluyente, moderadora, generadora de canales de intercambio y no de rencor:

Unfortunately for the human species, in whatever quarter of the globe the people of Europe have acquired dominion, they have found the inhabitants not only in a state of society and improvement far inferior to, their own, but different in their complexion, and in all their habits of life. Men in every state of their career are so satisfied with the progress made by the community of which they are members, that it becomes to them a standard of perfection, and they are apt to regard people whose condition is not similar, with contempt and even aversion. In Africa and America, the dissimilitude is so conspicuous that, in the pride of their superiority, Europeans thought themselves entitled to reduce the natives of the former to slavery, and to exterminate those of the latter. Even in India, though far advanced beyond the two other quarters of the globe in improvement, the colour of the inhabitants, their effeminate appearance, their unwarlike spirit, the wild extravagance of their religious tenets and ceremonies, and many other circumstances, confirmed Europeans in such an opinion of their own pre-eminence, that they have always viewed and treated them as an inferior race of men. Happy



would it be if any of the four European nations, who have successively acquired extensive territories and power in India, could altogether vindicate itself from having acted in this manner (Robertson, 1856e: 80).

Tras el largo aprendizaje que las conquistas y logros del hombre europeo habría traído al mundo, el rol de la mayor potencia comercial habría de ser cancelar el desdichado ejemplo de previas crueldades. Robertson era un ferviente promotor de los favores que las nuevas maneras del hombre civilizado y la sociedad comercial podían procurarles a Escocia y a su Unión los mayores provechos. Asimismo, procuró darle a la expansión de su civilización un sentido ético que va más allá del interés (aunque esté impulsado por este): las acciones de Gran Bretaña en el mundo debían ser reflejo de sus maneras, no fuese que las crueldades y abusos que la arrogancia del civilizado corrompieran su carácter, invitando al declive de su propia civilización (y el desvío de las resoluciones providenciales). La preocupación sobre el declive de la sociedad comercial aparecería también en Ferguson, aunque con un carácter distinto, como veremos.

EL ENSAYO DE ADAM FERGUSON

Adam Ferguson nació en las Highlands escocesas¹¹, hijo noveno y menor del Rev. Adam Ferguson y Mary Gordon. Estudió en la Perth Grammar School y en el St. Leonard's College en la Universidad de St. Andrews, obteniendo su M. A. en 1742. Luego de dos años de estudios como seminarista en Edimburgo, fue ordenado sacerdote de la Iglesia de Escocia y, en 1745, fue designado —por su conocimiento del gaélico, pese a no haber terminado sus estudios en teología— como capellán del 43° Regimiento Highland (la Black Watch). Sus actos de heroísmo durante la rebelión jacobita de 1745 (durante la cual vio su primer trabajo publicado: la traducción de uno de sus sermones

¹¹ Para una biografía de Ferguson, puede revisarse el capítulo III de Kettler (1965: 42-82).

patrióticos), en particular en la batalla de Fontenoy, fueron notables. Sirvió en tal regimiento durante nueve años, participando en expediciones militares en Irlanda y Bretaña. Motivos de opinión (sobre el sistema de milicias británico), personales (el fallecimiento de su padre, y su fracaso en obtener la posición de este) y económicos lo llevaron a retirarse de la vida militar y religiosa, decidido a dedicar su vida por completo a los *literary pursuits*. En este tiempo, publicó sus *Reflexiones previas al establecimiento de una milicia* (1756)¹² y la polémica *Consideraciones sobre la moralidad de las obras teatrales* (1757).

En 1756 se estableció en Edimburgo, donde sirvió a Lord Milton como secretario (viajando con este a los Países Bajos). Fue elegido miembro de la Select Society de Edimburgo ese mismo año y, al poco tiempo, sustituyó a David Hume como bibliotecario de la Facultad de Abogados, renunciando al poco tiempo al ser aceptado como tutor privado. Seguidamente, en 1759, ayudado por conexiones políticas, fue nombrado profesor de Filosofía natural en la Universidad de Edimburgo, y, luego de cinco exitosos años, es transferido a la cátedra de Neumática y Filosofía moral. Durante este tiempo publicó varios libros de texto sobre dichas materias para uso primordial de sus estudiantes.

En 1767, Ferguson publica su *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil*, que fue muy bien recibido y traducido a varios idiomas continentales. Sin embargo, no todo recibimiento fue tan cálido: su amigo, el filósofo David Hume, desaconsejó su publicación, señalando que, sin necesidad de entrar en detalles, hallaba el ensayo “ofensivo” en casi su totalidad. En cualquier caso, Ferguson, quien gozó de un notable éxito y reconocimiento por su ensayo, no quiso modificarlo en las ediciones que vería en vida, teniendo a su ensayo (como parecería haber caracterizado a todas sus obras) como un “ejer-

¹² Como veremos más adelante, el problema de la falta de carácter militar dentro de una sociedad comercial, cuyos ejércitos van creciendo en profesionalización, será uno de los rasgos que facilite el declive y la corrupción de la misma. El debate no era nuevo en Escocia. Ya, en 1698, Andrew Fletcher de Saltoun había escrito su *A Discourse of Government with Relation to Militias*, basado en los argumentos de Harrington. Los debates sobre la seguridad de la nación y la necesidad de levantar armas en la Escocia del siglo XVIII están bien desarrollados en *The Scottish Enlightenment and the Militia Issue*, de John Robertson (1984).



cicio”, como un trabajo “apropiadamente introductorio y estimulante en la materia”.

Ferguson, inmerso en la vida académica durante años, buscó participar más activamente en la política. Intentó, sin éxito, ser nombrado secretario de la Comisión de Supervisores de la Compañía de las Indias Orientales. Se desempeñó brevemente como tutor del quinto conde de Chesterfield. Fue comisionado gubernamental para negociar un arreglo entre Gran Bretaña y las colonias americanas. Luego de sufrir una apoplejía, Ferguson volvió a las letras, publicando en 1783 su *Historia del progreso y la extinción de la república romana*, y, después de retirarse de su cátedra universitaria en 1785, una compilación retrospectiva de sus lecciones como *Principios de moral y ciencia política* en dos volúmenes. Murió anciano, retirado en St. Andrews, en 1816.

El *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* es la obra maestra de Ferguson. Junto a las obras de Robertson, Smith y Millar, es una muestra ejemplar de la teoría estadal del progreso humano, correspondiente a la historia filosófica de la Ilustración escocesa. En la misma, resaltan sus comentarios sobre el carácter y disposición del hombre, sobre su progreso desde los estados más rudos hasta las maneras más civilizadas, los peligros de la complacencia del hombre civilizado y, finalmente, cómo la recuperación de la *civitas* puede rescatar a la *civilitas* de sus propios defectos.

EL CARÁCTER DEL HOMBRE

Natural productions are generally formed by degrees. (...) This progress in the case of man is continued to a greater extent than in that of any other animal. Not only the individual advances from infancy to manhood, but the species itself from rudeness to civilization (Ferguson, 1966: 1).

Con estas palabras inicia Ferguson su *Ensayo*, sosteniendo que el proceso del hombre, desde su estado más salvaje hacia una creciente civilización, se da gradualmente, sin sobresaltos. Así

lo permitiría la naturaleza del hombre, dispuesta al cambio y al progreso. El hombre, para Ferguson, no se regocija en la contemplación y la calma. A diferencia de las nociones clásicas, su felicidad se encuentra en el hacer, el crear. En la acción: “Men are to be estimated, not from what they know, but from what they are able to perform; from their skill in adapting materials to the several purposes of life; from their vigour and conduct in pursuing the objects of policy” (29-30). Así, en la acción, en los trabajos de su ingenio y no en su conocimiento, se conoce la valía del hombre. Su estructura corporal requiere que encuentre ocupación, y su felicidad requiere que sea justo (210).

Así mismo, como no puede encontrar su felicidad —de acuerdo con su naturaleza— en la contemplación, tiene una natural propensión a la sociabilidad. No vive el hombre natural apegado a su independencia: es más fuerte su sentido de comunidad en el cual hallamos su capacidad de formar sociedades. Así, y no en soledad, se fortalece, mejora su disposición, imita y aprende:

The most striking exertions of imagination and sentiment have a reference to mankind: they are excited by the presence and intercourse of men: they have most vigour when actuated in the mind by the operation of its principal springs, by the emulations, the friendships, and the oppositions, which subsist among a forward and aspiring people. Amidst the great occasions which put a free, and even a licentious, society in motion, its members become capable of every exertion (...). The petulant and the ingenuous find an equal scope to their talents; and literary monuments become the repositories of envy and folly, as well as of wisdom and virtue (177-178).

Es en la sociedad, entonces, donde el hombre encuentra su situación más favorable para su ingenio y su felicidad, donde encuentra sus raíces: “we have reason to consider his union with his species as the noblest part of his fortune” (19). Y es



de la sociedad de donde todos los bienes humanos, no solo materiales, sino también espirituales, emanan:

From this source are derived, not only the force, but the very existence of his happiest emotions; not only the better part, but almost the whole of his rational character. Send him to the desert alone, he is a plant torn from its roots: the form indeed may remain, but every faculty droops and withers; the human personage and the human character cease to exist (18-19).

Aún en el estado más salvaje, el historiador siempre encontrará al hombre, ya vagando o acomodado, en la paz o el conflicto, reunido con otros hombres. Esta sociabilidad es la base de la sociedad civil, y la encontramos en el estado de naturaleza del hombre. La oposición entre naturaleza y civilidad responde entonces a una cuestión de grados y no de etapas contrapuestas. Sin esta sociabilidad, el hombre no solo está desarraigado, sino que se atrofia y pierde su virtud debido al desuso:

As the anatomy of an eye which had never received the impressions of light, or that of an ear which had never felt the impulse of sounds, would probably exhibit defects in the very structure of the organs themselves, arising from their not being applied to their proper functions; so any particular case of this sort would only show in what degree the powers of apprehension and sentiment could exist where they had not been employed, and what would be the defects and imbecilities of a heart in which the emotions that pertain to society had never been felt (3).

El hombre pierde su humanidad, se hace imbécil, al apartarse de los intercambios con su especie. Pero estos intercambios con sus semejantes no implican, en modo alguno, una vida sin sobresaltos ni conflictos:

Our notion of order in civil society is frequently false: it is taken from the analogy of subjects inanimate and dead; we consider commotion and action as contrary to its nature; we think it consistent only with obedience, secrecy and the silent passing of affairs through the hands of a few. The good order of stones in a wall, is their being properly fixed in the places for which they are hewn; were they to stir the building must fall: but the order of men in society, is their being placed where they are properly qualified to act. The first is a fabric made of dead and inanimate parts, the second is made of living and active members. When we seek in society for the order of mere inaction and tranquility, we forget the nature of our subject, and find the order of slaves, not that of free men (268-269)¹³.

El verdadero concepto de sociedad civil no puede encontrarse en una constitución que elimine los antagonismos, sometiendo a los hombres a la sumisión¹⁴. Nuestra especie estaría dispuesta tanto a la oposición como al concierto, como demuestran las guerras y hostilidades pertinaces en la historia de la sociedad:

Mankind not only find in their condition the sources of variance and dissension; they appear to have in their minds the seeds of animosity, and to embrace the occasions of mutual opposition, with alacrity and pleasure. In the most pacific situation there are few who have not their enemies, as well as their friends; and who are not pleased with opposing the proceedings of one, as much as with favouring the designs of another (20-21).

13 Aquí la carga va, fundamentalmente, contra la historia conjetural propia de Rousseau, frente a la cual prefería la historia basada en evidencias empíricas.

14 Esta conclusión de Ferguson constituye una divergencia enorme con la tradición hobbesiana del uso del término sociedad civil. Para Ferguson, las aspiraciones del hombre civilizado a la paz implicarían un sometimiento impropio de la naturaleza del hombre. Acaso ese sea precisamente el sentido del proceso de la civilización: desnaturalizar al ser humano.



De hecho, sin la rivalidad entre las naciones y la práctica de la guerra, la sociedad civil no habría encontrado ni objeto ni forma: las instituciones políticas dependen de la necesidad de defensa, del concierto dentro de una nación hacia el exterior. Así mismo, parte de la virtud humana se encuentra completa por la templanza y vigor que provee a los hombres la lucha y la resistencia (p. 24).

Así, incluso los pasajes más terribles y trágicos de la historia de la sociedad civil responden al camino hacia el progreso. Sin esas fuerzas, sin la oposición entre antagonismo y conciliación, sin los esfuerzos de la acción humana, no podría darse la civilización. Y este proceso se da de forma imperceptible por las propensiones de la naturaleza humana. Ferguson, retóricamente, se pregunta ¿qué ejemplo sigue el hombre en su desarrollo? ¿Qué instrucciones sigue el hombre? (4). Ninguna, salvo los instintos que la Providencia, cuya acción es muchas veces misteriosa, ha dispuesto en la humanidad:

Like the winds, that come we know not whence, and blow whithersoever they list, the forms of society are derived from an obscure and distant origin; they arise, long before the date of philosophy, from the instincts, not from the speculations, of men. The crowd of mankind, are directed in their establishments and measures, by the circumstances in which they are placed; and seldom are turned from their way, to follow the plan of any single projector.

Every step and every movement of the multitude, even in what are termed enlightened ages, are made with equal blindness to the future; and nations stumble upon establishments, which are indeed the result of human action, but not the execution of any human design (122).

Ni siquiera las constituciones y leyes responden a designios de la especulación humana ni a imposiciones radicales, sino a sus

disposiciones, evidentes en las lentas transiciones. Las naciones llegarían con tropiezos a las distintas conformaciones de su vida política y cada una de estas tiene su origen, su semilla, en la naturaleza humana, semillas que “brotan y maduran cuando llegue su tiempo” (122-123).

RUDE NATIONS Y POLISHED SOCIETIES

Descritas así las disposiciones de la naturaleza humana y los resortes que promueven la acción de esta hacia el progreso, hemos de anotar las condiciones para el autor que separan al hombre en su forma más ruda hasta su progresiva civilización.

Para Ferguson, aun el hombre más salvaje posee virtudes —similares a las que Robertson apuntaría—. Si bien no se acerca a las condiciones que son apreciadas en la sociedad civilizada, su disposición de carácter tiene mucho de encomiable:

If the savage has not received our instructions, he is likewise unacquainted with our vices. He knows no superior, and cannot be servile; he knows no distinctions of fortune, and cannot be envious; he acts from his talents in the highest station which human society can offer, that of the counsellor, and the soldier of his country. Toward forming his sentiments, he knows all that the heart requires to be known; he can distinguish the friend whom he loves, and the public interest which awakens his zeal (186).

Si la independencia, la generosidad, el sentido de comunidad y el vigor combativo son virtudes, también lo es su sociabilidad y, a partir de esta, su capacidad política. Ferguson señalaría, al contrario de Robertson, las capacidades políticas innatas del hombre salvaje y de las sociedades más rudas:

Thus, without any settled form of government, or any bond of union, but what resembled more the suggestion of instinct, than the invention of reason,



they conducted themselves with the concert, and the force, of nations. Foreigners, without being able to discover who is the magistrate, or in what manner the senate is composed, always find a council with whom they may treat, or a band of warriors with whom they may fight. Without police or compulsory laws, their domestic society is conducted with order, and the absence of vicious dispositions, is a better security than any public establishment for the suppression of crimes (86).

Así, su constitución política responde a su naturaleza¹⁵. Sin embargo, algunas maneras se alejan de las dispuestas por la vida civilizada de la sociedad comercial. En su rudeza, desprecia al comercio. Las manufacturas y utensilios propios de un estado más avanzado le son inútiles y hacen poco para tentar su curiosidad. Tampoco se ven atados por ocupaciones específicas, sino que pueden aplicarse a las tareas más diversas que su simple sociedad dispone. Poseen, asimismo, una elevación y entereza inalcanzada por los estamentos superiores de las naciones más refinadas (93-94). Las disposiciones del hombre *rude* que puedan ser juzgadas como fiereza son, en realidad, muestra de valentía. Saben reconocer las ventajas de otra civilización, y así reconocen la posibilidad de rendirse ante estas si de ellas depende la supervivencia de su comunidad (95).

Una vez que el hombre ha modificado su modo de subsistencia, no podía permanecer inmutable en su carácter. Aunque

15 Hay que advertir que esta disposición natural no carece de dificultades para la formación política y la necesidad de sumisión a la autoridad: "we may incline to believe, that mankind, in their simplest state, are on the eve of erecting republics. Their love of equality, their habit of assembling in public councils, and their zeal for the tribe to which they belong, are qualifications that fit them to act under that species of government; and they seem to have but a few steps to make, in order to reach its establishment. (...) They have only to bestow a permanent authority for repressing disorders, and to enact a few rules in favour of that justice they have already acknowledged, and from inclination so strictly observe. But these steps are far from being so easily made, as they appear on a slight or a transient view. The resolution of choosing, from among their equals, the magistrate to whom they give from thenceforward a right to control their own actions, is far from the thoughts of simple men; and no eloquence, perhaps, could make them adopt this measure, or give them any sense of its use" (Ferguson, 1966: 99).

establecido siempre en sociedades, la aparición del pastoreo, inicialmente, y la agricultura, más adelante, obliga a tales sociedades a asentarse en un territorio determinado sobre el cual surgirían las nociones de propiedad a partir de las cuales se acomodarán los diversos rangos de la sociedad, la diferencia en ocupaciones y la institución de leyes que protejan a tales reacomodos. El surgimiento de la propiedad revoluciona las maneras humanas y es un agente del progreso:

Having possessed themselves of herds, and depending for their provision on pasture, know what it is to be poor and rich. They know the relations of patron and client, of servant and master, and suffer themselves to be classed according to their measures of wealth. This distinction must create a material difference of character, and may furnish two separate heads, under which to consider the history of mankind in their rudest state; that of the savage, who is not yet acquainted with property; and that of the barbarian, to whom it is, although not ascertained by laws, a principal object of care and desire.

It must appear very evident, that property is a matter of progress. It requires, among other particulars which are the effects of time, some method of defining possession. The very desire of it proceeds from experience; and the industry by which it is gained, or improved, requires such a habit of acting with a view to distant objects, as may overcome the present disposition either to sloth or to enjoyment. This habit is slowly acquired, and is in reality a principal distinction of nations in the advanced state of mechanic and commercial arts (81-82).

El hombre bárbaro cambia su pereza salvaje por el trabajo diario y constante, regulado y sistemático. Se especializa en una ocupación limitada, mientras el número de las mismas se hace



mayor a medida que se hagan más complejos la sociedad y el intercambio. El surgimiento de la propiedad produce una ruptura clave en la condición natural del hombre hacia un estado completamente distinto, como ya habían argumentado Locke, D'Alembert y Rousseau (para bien o para mal): se disuelven los atributos del hombre en su estado más rudo, y se avanza hacia el seguimiento de actividades más refinadas y a un eventual abandono de la suficiencia natural por una necesaria sociabilidad e integración a formas de relación sofisticadas, en las cuales las necesidades básicas del hombre son superadas o moderadas por nuevas maneras. Aunque mucho de su condición permanezca, su independencia es progresivamente perdida a la luz de nuevas instituciones que impongan la distinción social y política: “as the former state of mankind seemed to point at democracy, this seems to exhibit the rudiments of monarchical government” (100). El sentido de comunidad se debilita por el surgimiento de intereses particulares, por lo que se hacen necesarios los rudimentos de una sociedad más articulada, cuyas reglas sean más permanentes, claras y generales: “we may apprehend, that the individual having now found a separate interest, the bands of society must become less firm, and domestic disorders more frequent. The members of any community, being distinguished among themselves by unequal shares in the distribution of property, the ground of a permanent and palpable subordination is laid.” (98)

Aparecen así los elementos que para Ferguson serán característicos de la sociedad comercial, y que constituirán la mayor fuente de corrupción de los establecimientos modernos: la admiración de la riqueza, que termina de sustituir a las virtudes del hombre más rudo, sin hacerlo avanzar hacia el refinamiento de la civilización¹⁶. Esta admiración es la causa de toda una serie de calamidades, si está acompañada de condiciones de desigualdad y sumisión:

16 Es notable cómo, lo que parece un argumento sacado de los discursos rousseaunianos, es en realidad un desajuste propio del proceso histórico: pese a la influencia de Rousseau, Ferguson no condena la civilización ni las artes, ni solicita un retorno al mundo natural. Para un estudio extenso sobre este punto cf. Soriano (1992) y Garrett (2003: 79-93).

An admiration of wealth unpossessed, becoming a principle of envy, or of servility; a habit of acting perpetually with a view to profit, and under a sense of subjection; the crimes to which they are allured, in order to feed their debauch, or to gratify their avarice, are examples, not of ignorance, but of corruption and baseness (186).

El interés particular y la competencia entre los hombres sometidos a la desigualdad de posesiones, rangos y ocupaciones se convierte en el espíritu de la sociedad comercial:

Let those examples be compared with the spirit which reigns in a commercial state (...). It is here indeed, if ever, that man is sometimes found a detached and a solitary being: he has found an object which sets him in competition with his fellow-creatures, and he deals with them as he does with his cattle and his soil, for the sake of the profits they bring. The mighty engine which we suppose to have formed society, only tends to set its members at variance, or to continue their intercourse after the bands of affection are broken (19).

Pero este interés particular también los hace preservar las instituciones y preocuparse de la grandeza de su nación (por medio de la cual pueden avanzar en su grandeza personal), aun si el sentido de comunidad parece encontrarse irremediablemente perdido. En la sociedad comercial, nos dice Ferguson:

We live in societies, where men must be rich, in order to be great; where pleasure itself is often pursued from vanity; where the desire of a supposed happiness serves to inflame the worst of passions, and is itself the foundation of misery; where public justice, like fetters applied to the body, may, without inspiring the sentiments of candour and equity, prevent the actual commission of crimes (161-162).



Pero, acompañada de estas condiciones, surgen también nuevos modos de intercambio que, refinados, progresivamente sustituyen a la fiereza y a la violencia como maneras apropiadas de desenvolvimiento:

In the modern nations of Europe, where extent of territory admits of a distinction between the state and its subjects, we are accustomed to think of the individual with compassion, seldom of the public with zeal. We have improved on the laws of war, and on the lenitives which have been devised to soften its rigours; we have mingled politeness with the use of the sword; we have learned to make war under the stipulations of treaties and cartels, and trust to the faith of an enemy whose ruin we meditate. Glory is more successfully obtained by saving and protecting, than by destroying the vanquished: and the most amiable of all objects is, in appearance, attained; the employing of force, only for the obtaining of justice, and for the preservation of national rights.

This is, perhaps, the principal characteristic, on which, among modern nations, we bestow the epithets of *civilized* or of *polished* (199-200).

Sin embargo, estos atributos no son completamente exclusivos u originales de las naciones civilizadas. De hecho, en sociedades más simples, tales características podían florecer ajenas a la corrupción que aqueja a las sociedades modernas (200) y que las acerca, casi insensiblemente, al despotismo.

¿Cuáles son los hábitos y maneras que corrompen al hombre civilizado? ¿Qué instituciones invitan a su declive? La primera de estas es la falta de la virtud guerrera que caracteriza al hombre en etapas más rudas de convivencia. La ha traído consigo el establecimiento de ejércitos profesionales que solo pelean por su propio interés y no por furor patrio. Los avances y conquistas de las naciones son comprados, no ganados por sus ciudadanos:

In Europe, where mercenary and disciplined armies are every where formed, and ready to traverse the earth, where, like a flood pent up by slender banks, they are only restrained by political forms, or a temporary balance of power; if the sluices should break, what inundations may we not expect to behold? Effeminate kingdoms and empires are spread from the sea of Corea to the Atlantic Ocean. Every state, by the defeat of its troops, may be turned into a province; every army opposed in the field to-day may be hired to-morrow; and every victory gained, may give the accession of a new military force to the victor (153).

Tales circunstancias ayudan a la relajación del espíritu nacional. Si la defensa de un pueblo, de una nación, de una comunidad, depende de unos pocos profesionales, como en los estados que a lo largo de la historia han dependido de mercenarios, la población en general se verá desposeída de las cualidades necesarias para su protección. En lugar de estar dispuestos a defenderse, caerían presos de la fascinación y el terror que produzcan las amenazas a la seguridad de su patria. Sus rangos más altos estarían demasiado ocupados con las formas y no lo sustantivo de la vida militar; serían incapaces de comandar con éxito (227-228). Los gobernantes se convierten en mercaderes de la sangre de sus soldados más que en líderes de una nación guerrera (149-150). Ferguson señala que, así como la disciplina de los ejércitos ha aumentado a la par de su profesionalización, el vigor nacional y el amor a la patria han decaído en la sociedad comercial (230). Otro tanto ocurre con la prudencia del estadista:

The subdivision of arts and professions, in certain examples, tends to improve the practice of them, and to promote their ends. (...) But to separate the arts which form the citizen and the statesman, the arts of policy and war, is an attempt to dismember the human character, and to destroy those very arts we mean to improve. By this separation, we in effect deprive a free people of what is necessary to



their safety; or we prepare a defence against invasions from abroad, which gives a prospect of usurpation, and threatens the establishment of military government at home (id.).

Esta separación puede ser útil en las artes y oficios que proveen de las mercancías y los servicios necesarios para la vida privada. Las ventajas que en este sentido provee la división y especialización del trabajo son innegables. Sin embargo, en la vida pública, tal división tiene un efecto pernicioso. Lo que es más, parte de la calidad y aspiración de perfección que caracterizan al hombre se ven disminuidas por la influencia de esta división:

The commercial and lucrative arts may continue to prosper, but they gain an ascendant at the expense of other pursuits. The desire of profit stifles the love of perfection. Interest cools the imagination, and hardens the heart; and, recommending employments in proportion as they are lucrative, and certain in their gains, it drives ingenuity, and ambition itself, to the counter and the workshop.

But apart from these considerations, the separation of professions, while it seems to promise improvement of skill, and is actually the cause why the productions of every art become more perfect as commerce advances; yet in its termination, and ultimate effects, serves, in some measure, to break the bands of society, to substitute form in place of ingenuity, and to withdraw individuals from the common scene of occupation, on which the sentiments of the heart, and the mind, are most happily employed (217-218).

De este modo, el hombre pierde otra parte de su naturaleza en la sociedad comercial. Ciertamente ha progresado, pero a costa de su disposición y carácter original. Aleja al hombre de la acción, debilita sus talentos y le provee de un gusto por lo es-

peculativo, el placer del estudio y la conversación culta. La subsistencia de la sociedad se sostiene gracias al dominio que los rangos más civilizados tienen sobre sus cohabitantes más dados a las actividades manuales, los cuales, ignorantes de diversos oficios necesarios para sobrevivir, dependen y aceptan tal estado de cosas. Cada cual se involucra en este intercambio de acuerdo con su interés y ventaja particular (188-189).

La inacción y la molición que caracterizan a esta sociedad confunden la noción de lo que es bueno para la nación y dan al traste, a los ojos de Ferguson, con la debida noción de bien público. La falta de experiencia de los hombres en los asuntos públicos, inmersos como están en las actividades particulares que benefician su interés, no les permite notar esta diferencia. La debilidad del espíritu público se asienta, casi insensiblemente, en el ánimo de los hombres civilizados:

The habits of a vigorous mind are formed in contending with difficulties, not in enjoying the repose of a pacific station; penetration and wisdom are the fruits of experience, not the lessons of retirement and leisure; ardour and generosity are the qualities of a mind roused and animated in the conduct of scenes that engage the heart, not the gifts of rejection or knowledge. The mere intermission of national and political efforts is, notwithstanding, sometimes mistaken for public good; and there is no mistake more likely to foster the vices, or to flatter the weakness, of feeble and interested men.

If the ordinary arts of policy, or rather, if a growing indifference to objects of a public nature, should prevail, and, under any free constitution, put an end to those disputes of party, and silence that noise of dissension, which generally accompany the exercise of freedom, we may venture to prognosticate corruption to the national manners, as well as remissness to the national spirit. The period is come, when, no engagement remaining on the part of the public, private interest, and animal pleasure,



become the sovereign objects of care. When men, being relieved from the pressure of great occasions, bestow their attention on trifles; and having carried what they are pleased to call sensibility and delicacy, on the subject of ease or molestation, as far as real weakness or folly can go, have recourse to affectation, in order to enhance the pretended demands, and accumulate the anxieties, of a sickly fancy, and enfeebled mind (255-256).

La libertad no se ve nunca tan amenazada como cuando se mide la felicidad nacional por los beneficios que un príncipe pueda proporcionar, o por la simple tranquilidad que, a los hombres ocupados de sí mismos, provee una administración benevolente. Rendirse ante estas tentaciones puede garantizar una vida cómoda y aparentemente feliz, pero destruye las bases que, en el carácter del hombre, encuentra su disposición a la actividad y su felicidad dentro de una comunidad. Las ventajas que le provee la libertad serían de un tipo distinto a las que aspira el interés (269-270). Y este interés hace languidecer la naturaleza humana:

Ordinary establishments terminate in a relaxation of vigour, and are ineffectual to the preservation of states; because they lead mankind to rely on their arts, instead of their virtues, and to mistake for an improvement of human nature, a mere accession of accommodation, or of riches. Institutions that fortify the mind, inspire courage, and promote national felicity, can never tend to national ruin (220).

LIBERTAD CONTRA CORRUPCIÓN

De acuerdo con lo anterior, parecería que la sociedad comercial está condenada a la corrupción y a la decadencia. ¿Carece de remedio la sociedad comercial? ¿Es la única forma de convivencia que tiene el riesgo de degenerar en despotismo? Sin leer más allá, podríamos inclinarnos a pensar que es así, que

en la sociedad comercial dejada a sus impulsos no hay esperanza para la libertad.

Sin embargo, el establecimiento del despotismo en una sociedad comercial no solo puede responder a las condiciones de su modo de subsistencia y a su refinamiento. La corrupción requiere, además, de una situación política de negligencia y descuido que favorece el refugio del hombre a su ámbito privado y, en última instancia, a su seguridad particular por encima de la felicidad pública (255).

La riqueza, sin embargo, no es el origen de esta desviación. Solo la riqueza que florece en un medio de desigualdad considerable, que hace a los desposeídos recelosos del rico y admiradores de su lujo y dispendio, puede tener efectos dañinos sobre la comunidad política. Así, al contrario, cuando la riqueza particular está mejor distribuida y está acompañada por un carácter frugal e independiente, el celo por la propiedad evita que se consoliden las usurpaciones. Su defensa se convierte en consecuencia natural de tal disposición. Incluso, Ferguson señala que la pobreza, agravando las necesidades del hombre, puede promover en él no la austeridad de la virtud ciudadana, sino la inclinación servil que ayuda a engendrar tiranías. Es la debilidad del vigor nacional la que hace posible tal degeneración (261-262). Así que las medidas para regular la propiedad y limitar la riqueza, si bien necesarias para paliar los efectos de la desigualdad y la corrupción, no son suficientes. Hace falta restaurar ese vigor nacional, como veremos más adelante (159-160).

Por otro lado, así como el comercio puede eclipsar las virtudes ciudadanas, su eliminación puede colaborar con el fin del despotismo. En esta condición, la miseria de la vida humana desnuda las pretensiones del déspota, roto el encanto de su dominio al acabarse las causas que ayudaron a establecerlo. El hombre, en tal circunstancia, puede “recordar que es hombre” (278-279). Cuando la naturaleza del hombre ha llegado al último grado de corrupción, es entonces que ha empezado a reformarse (279).

Pero esperar a que la peor condición del hombre llegue a asentarse en la sociedad, con la esperanza de que las cosas volverán



a su cauce progresivamente, no puede ser la disposición de un hombre preocupado por su libertad. Para Ferguson, la defensa de la libertad del hombre pasa por una activa resolución a participar de los asuntos públicos, a escaparse y crecer desde su ámbito privado. Esta resolución debe ejercitarse a menos que se aspire a su desmejoramiento:

If the frequent neglect of virtue as a political object, tend to discredit the understandings of men, its lustre, and its frequency, as a spontaneous offspring of the heart, will restore the honours of our nature. In every casual and mixed state of the national manners, the safety of every individual, and his political consequence, depends much on himself, but more on the party to which he is joined. For this reason, all who feel a common interest, are apt to unite in parties; and, as far as that interest requires, mutually support each other (162).

El activismo político, motivado por el interés público, sería una herramienta para la libertad. Si el carácter del hombre admite el antagonismo tanto como la oposición, y si la felicidad en la acción es un componente básico de la vida humana, la tendencia de la sociedad comercial de apreciar la ausencia de tumultos y perturbaciones en su desenvolvimiento público (perturbaciones que amenacen la calma necesaria para el desarrollo de las actividades particulares) no puede ser buena para el cuerpo político. Ciertamente, la libertad resulta de la obediencia a la ley (VI263). Pero las leyes pueden ser las máscaras de las desigualdades en el ejercicio del poder: el magistrado corrupto podrá respetarlas si con ellas puede lograr sus propósitos, y se convertirá en su más celoso defensor si le permiten mantener su dominio (id.). La ley solo influye en la preservación de la libertad si se entiende que esta

[I]s not any magic power descending from shelves that are loaded with books, but is, in reality, the influence of men resolved to be free; of men, who, having adjusted in writing the terms On which they are to live with the state, and with their fellow-sub-

jects, are determined, by their vigilance and spirit, to make these terms be observed (263-264).

En tal sentido, la libertad es un derecho que cada cual debe estar preparado a defender por sí mismo. Quien entregue tal derecho por alguna satisfacción, en realidad niega su propia libertad. La misma no puede depender solo de las instituciones que han de defenderla, ni de la constitución política de la nación. Depende únicamente de sus ciudadanos:

Even political establishments, though they appear to be independent of the will and arbitration of men, cannot be relied on for the preservation of freedom; they may nourish, but should not supersede that firm and resolute spirit, with which the liberal mind is always prepared to resist indignities, and to refer its safety to itself.

Were a nation, therefore, given to be moulded by a sovereign, as the clay is put into the hands of the potter, this project of bestowing liberty on a people who are actually servile, is, perhaps, of all others, the most difficult, and requires most to be executed in silence, and with the deepest reserve. Men are qualified to receive this blessing, only in proportion as they are made to apprehend their own rights; and are made to respect the just pretensions of mankind; in proportion as they are willing to sustain, in their own persons, the burden of government, and of national defence; and are willing to prefer the engagements of a liberal mind, to the enjoyments of sloth, or the delusive hopes of a safety purchased by submission and fear (266).

El descuido de los derechos políticos invita a su invasión (213). Si la seguridad del individuo y su propiedad están garantizadas, sin consideraciones sobre su condición política, su descuido hace que incluso bajo una constitución libre los hombres



dejen de merecer su libertad. La libertad, las leyes, la prosperidad y el mantenimiento de la refinación y el comercio dependen crucialmente del ánimo cívico, de la participación activa del individuo/ciudadano (Oz-Salzberger, 1995: 155). La definición de la sociedad civil tiene su centro en tal participación, cuyo ejercicio anima los talentos para mandar y obedecer (Ferguson, 1966: 149):

It is in conducting the affairs of civil society, that mankind find the exercise of their best talents, as well as the object of their best affections. It is in being grafted on the advantages of civil society, that the art of war is brought to perfection; that the resources of armies, and the complicated springs to be touched in their conduct, are best understood (155).

¿Qué carácter necesita el hombre para aspirar y poder efectivamente ejercer sus virtudes políticas? ¿Cuál es el sentido que necesita desarrollar? De acuerdo con su naturaleza y con los medios necesarios para lograr su libertad, el hombre requiere reforzar su sociabilidad con la conciencia de su pertenencia a la comunidad. Su ámbito no debe ser simplemente privado, y el impulso de sus acciones no debe ser el interés, sino esa comunidad “for whose general good his heart may glow with an ardent zeal, to the suppression of those personal cares which are the foundation of painful anxieties, fear, jealousy, and envy” (54). En esa comunidad es que el hombre encuentra su raíz y puede desarrollar sus sentimientos de la mejor manera. Contentarse con la civilidad (y olvidar las virtudes naturales del hombre) es insuficiente al momento de evitar la corrupción de la sociedad civil: “The wealth, the aggrandizement and power of nations, are commonly the effects of virtue; the loss of these advantages, is often a consequence of vice” (206).

COMENTARIOS FINALES

Los trabajos de Ferguson y Robertson son, pese a sus diferencias, característicos de la historia filosófica practicada por los ilustrados escoceses. Examinando las obras de sus más desta-

cados exponentes pueden ser identificados los rasgos de esta narrativa histórica: la preocupación de estos autores era poder aplicar al estudio del hombre y la sociedad métodos similares a los utilizados por las ciencias sociales. Esto implicaba la formulación de leyes generales basadas en la observación y la evidencia encontrada en la historia, economía, cultura e instituciones políticas de distintas sociedades. De aquí evolucionarían ciertas normas, basadas en la interrelación estrecha entre estos factores. La civilidad, implícita en el mejoramiento de todos estos aspectos de la sociedad, se encontraba al final de la escala del progreso humano, cuyas etapas eran las diversas sociedades que iban desde la *rudeness* hasta el *refinement*. Ubicar a una sociedad en alguna etapa determinada dependía, en buena medida, de sus maneras, de su modo de subsistencia y de sus instituciones políticas (o, como diríamos contemporáneamente, de “agregación de intereses” y “resolución de conflictos”). Los trabajos de Dugald Stewart, John Millar y Adam Smith (con su famosa teoría sobre las cuatro etapas del desarrollo económico), pueden ser revisados en este sentido alrededor de los trabajos de Ferguson y Robertson.

La formación de una sociedad civilizada, con sus beneficios y riesgos, es el problema fundamental que preocupa a estos autores. Su “agenda” como historiadores estaría signada por su interés en promover las mejoras de la civilización sobre su sociedad, Escocia. Integrarla a la Unión era esencial, por lo que en buena medida sus esfuerzos habían de ubicarse en el interés por el engrandecimiento de su patria y su oposición a los intentos de recomponer el orden y los privilegios del viejo reino escocés¹⁷. Debían procurar conciliar los intereses divergentes dentro de su sociedad alrededor del programa de reformas *Whig* toda vez que debían evitar que las debilidades de carácter de la sociedad civilizada pusieran en peligro los logros de la misma. La Gran Bretaña, de la cual los intelectuales escoceses eran fieles partícipes, debía ser una civilización como ninguna otra. Su grandeza no podía depender solo de su empuje comercial (aun si, a través del interés, este se convirtiera en su principal

17 Un estudio más detallado de la *Historia de Escocia* de Robertson puede ayudar a dar cuenta de esta visión moderada del Reino Unido y de las viejas instituciones escocesas. Sobre esto, cf. Pocock, 2001: 268-303.



impulsor). Evitar la corrupción de sus costumbres (propias de su naturaleza comercial) y alejarse de la arrogancia en su des-
 involucramiento sobre otras culturas (propias del espíritu conquistador europeo) era un objetivo claro para estos autores.

Sin duda, Robertson ve menos condiciones rescatables en el hombre salvaje que las que ve Ferguson. Para Robertson, las advertencias a la sociedad comercial pasan por la admonición a su carácter cristiano y no por el mantenimiento o rescate de las virtudes no civilizadas. La conformación política de la presente sociedad era suficientemente encomiable, al punto de que podía ser exportada hacia el resto del mundo como una bendición sobre este. Ferguson, por su parte, plantea que, si en las sociedades presentes se mantienen los rasgos de etapas aparentemente superadas, podía evitarse el deterioro de la civilización (se trataría de un progreso acumulativo y no sustitutivo). En cualquier caso, estos autores tratan de poner la mirada en el pasado solo en términos de su presente y sus preocupaciones.

Eran estas preocupaciones la justificación del estudio de las sociedades no civilizadas. Tales sociedades ilustraban discusiones sobre el despotismo y sus males, sobre la nobleza del hombre natural y su perfectibilidad, sobre la influencia del clima sobre sus maneras, sobre la benevolencia o malevolencia de la naturaleza o sobre la similitud de las distintas religiones del mundo al credo cristiano, etc. En términos generales, sin embargo, pareciera que el estudio del mundo no civilizado respondía no al interés de estos estudiosos de aprender o entender la realidad del mismo, sino para repasar puntos filosóficos, historiográficos o científicos específicos, y para, fundamentalmente, hacer un comentario sobre su propia civilización. Robertson y Ferguson ejercen su “*love of country*” de modos distintos. El uno como adalid de la benéfica expansión del “genio comercial” europeo (o, mejor, británico) dentro y fuera de su ámbito inmediato; tal expansión incluye también, en el carácter novedoso y superior de la civilización de la sociedad comercial, la prudencia y moderación cristiana que se desarrollaba benevolente sobre la tierra. El otro hallaba la defensa de la prosperidad de su país y de su civilización en una activa exigencia de una mayor virtud cívica. El mundo no civilizado era así, en su comparación, un medio efectivo para un fin intelectual.

La contraposición entre civilidad y rudeza se complica, especialmente, cuando se entiende que dentro de las sociedades modernas pueden encontrarse rasgos de uno u otro estado. Si bien tales estados son mutuamente excluyentes, el proceso de la civilización tiene lados turbios, retornos, desviaciones que pueden revelar elementos de barbarie aparentemente superados. Era posible que los autores de la Ilustración escocesa previeran esto, aunque, por sus distintos sesgos, hayan avizorado peligros diferentes. Sin embargo, y aun pese a los peligros que la sociedad comercial pudiese correr, no rechazan sus avances. Tratan de mejorar las desviaciones que, dejada esta sociedad a sus propias energías, podían dar al traste con las mejoras que en la misma pueden evidenciarse. Era la sociedad comercial una sociedad extraordinaria, pero podía ser mejor.

El discurso sobre la civilidad en la Ilustración escocesa es, por tanto, el discurso de un mundo nuevo. A través de los esfuerzos de expansión europea el mundo cambió para siempre: renovó el lenguaje político, creó las redes de intercambio que involucran a la contemporánea ciudadanía global, creó nuevos Estados y nuevas formas políticas. Fue a través de esta ideología de civilización que se configuró el mundo moderno (Pagden, 1997: 11), acaso como parte de un proceso inadvertido por sus propulsores. Así, con el Imperio británico “el comercio había sustituido a la conquista, la Ilustración sustituiría a la evangelización” (22), como parte de una “civilización nueva y característica, con una misión universal” (Gerbi, 1960). La articulación ideológica del Imperio británico, bajo la comprensión de estas diversas civilizaciones, implicaba una tendencia histórica de su expansión, desde Inglaterra hasta Escocia, Gales e Irlanda, y desde las islas británicas a los confines del mundo. Se trataba de una práctica moderadora de los conflictos locales, de los particularismos de cada uno de los dominios, asumiéndolos bajo una “política de tolerancia cultural”, que consolide la unidad cultural, política y religiosa del Imperio, y que sirva para asimilar (con sus usos y costumbres) a sus miembros dentro de una “supracultura británica” que admite (y redefine) una pluralidad de formas políticas y distinciones sociales reconocidas dentro del Imperio (García-Pelayo, 1945: 43-48, 50-53), y que sirve de contexto intelectual para la influencia británica en el reparto político del mundo durante los siguientes siglos.



De modo que le hablan estos autores a una doble audiencia: en primer lugar la de su patria chica y de su reino, dentro de la cual buscan impulsar una vida civilizada por encima de la práctica de otros estados y de las limitaciones de su propia civilización comercial (por encima, también, del ejemplo histórico de Roma, cuya imagen de grandeza, corrupción y desaparición resonaba en sus reflexiones). En segundo lugar, y de otro modo, también, se dirigen a una audiencia extranjera: al resto de las naciones europeas, interesadas en emular y competir con la grandeza inglesa, así como también a los lugares donde llegará el rojo de las insignias imperiales: son parte de la sociedad más avanzada, más benevolente y más próspera de la que ha sido testigo la historia.

En este punto, vale la pena reflexionar sobre el rol que para el hispanoamericano (y venezolano) estudioso de las ideas políticas pueden tener las voces de los ilustrados escoceses. En otros lugares se ha expuesto cómo el pensamiento escocés y británico influyó sobre la ilustración indiana: en primer lugar, textos como el Ensayo de Ferguson o la Historia de América de Robertson, junto a obras como las del abate Raynal, influyeron en la visión de sí y de sus naciones, así como de la relación con la metrópoli ibérica que tenían los ideólogos de la emancipación (desde Vizcardo hasta Bolívar). Además, ofrecían en los logros de la sociedad comercial (y sus riesgos), un programa para el avance de las sociedades que de tales revoluciones emergían. Desde la emancipación hasta la crisis de lo que se ha denominado el Estado oligárquico liberal, las naciones de la América hispana eran una zona de avance de la sociedad comercial. Una república comercial. Tal era la aspiración de nuestros ideólogos, de nuestros juristas, de nuestros estadistas. El estudio de nuestras ideas políticas puede dar pie a establecer nuevos vínculos, influencias e intenciones¹⁸.

18 La solución que Madison, Hamilton y Jay dan a la posible relación entre interés y corrupción en sus Federalist Papers, que se basa en el sistema federal y en el gobierno representativo y dividido, media entre las revoluciones hispanoamericanas y el lenguaje de virtud cívica de Ferguson. Sin embargo, el texto de Ferguson aparece entre las fuentes de la ideología emancipadora americana, como evidencia la versión que de su Ensayo hace Miguel José Sanz en el Semanario de Caracas en 1810. Al respecto, cf. Falcón, 1998: 191-224.

Para concluir, puede decirse que los textos de Ferguson y Robertson corresponden muy bien a nuestras reflexiones iniciales sobre el proceso de la civilización. Al entroncar nuestras reflexiones alrededor de los comentarios sobre civilidad y civilización de Norbert Elias, se hace evidente la articulación que los autores que hemos trabajado tienen con este. Ambos describen, como correspondía a su definición de sociedad civil, un proceso civilizatorio que va, desde las etapas más simples y sin regulación, hacia sociedades más complejas y reguladas, conscientes de su superioridad. Para ubicarlos en el lenguaje de Elias, Ferguson se preocupa sobre la influencia perniciosa de la especialización de funciones en la sociedad, y Robertson de la arrogancia implícita en la idea de civilización. Sin embargo, más allá de la crisis del proyecto ilustrado (delineado magistralmente por nuestros autores), con él podemos delinear los orígenes ideológicos de nuestra noción contemporánea de civilidad, y el fundamento de legitimación de los cambios que han hecho de nuestra sociedad global lo que es. Comprender esos cambios, como sugiere Elias, solo es posible a través de la perspectiva histórica.

REFERENCIAS

- BOBBIO, NORBERTO (1997). *Estado, Gobierno y Sociedad*. México: FCE.
- DAHRENDORF, RALF (2002). "Adam Ferguson: How civil will future society be?", en *Enlightenment Lectures*. Edinburgh: University of Edinburgh. [Presentación en Real Audio: <http://www.ed.ac.uk/events/lectures/enlightenment/adamferguson.html>].
- ELIAS, NORBERT (1994). *The Civilizing Process*. Oxford: Blackwell Publishers.
- EMERSON, ROGER (2003). "The Contexts of the Scottish Enlightenment", en Broadie, Alexander (ed.). *The Cambridge Companion to the Scottish Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FALCÓN, FERNANDO (1998). "Adam Ferguson y el pensamiento ético y político de Miguel José Sanz: notas para la reinterpretación del *Semanario de Caracas* (1810-1811)", en *Politeia* (Caracas, Universidad Central de Venezuela) (21): 191-224.



- FEVRE, LUCIAN (1998). "Civilization: Evolution of a word and a group of ideas", en Rundell, John y Mendell, Stephen (eds.). *Classical Readings in Culture and Civilization*. London: Routledge Press.
- FERGUSON, ADAM (1966). *An Essay on the History of Civil Society*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- FRANCESCONI, DANIELE (1999). "William Robertson on Historical Causation and Unintended Consequences", en *Cromohs. Cyber Review of Modern Historiography* (Università Degli Studi Di Firenze) I(4): 2-3. [Extraído de la edición digital: http://www.uni-fi.it/riviste/cromohs/4_99/francesconi.htm].
- FROST, JOHN (1856). "Life of Dr. Wm. Robertson", en Robertson, William. *The History of the Discovery and Settlement of America*. Nueva York: Derby & Jackson, pp. i-xxxii.
- GARCÍA-PELAYO, MANUEL (1945). *El Imperio británico*. Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente.
- GARRETT, AARON (2003). "Anthropology: the 'original' of human nature", en Broadie, Alexander (ed.). *The Cambridge Companion to the Scottish Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 79-93
- GERBI, ANTONELLO (1960). *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*. México: Fondo de Cultura Económica.
- KEARNEY, HUGH (1999). *Las Islas Británicas. Historia de Cuatro Naciones*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KETTLER, DAVID (1965). *The Social and Political Thought of Adam Ferguson*. Columbus, Ohio: State University Press.
- KIDD, COLIN (1993). *Subverting Scotland's Past: Scottish Whig historians and the creation of an Anglo-British Identity, 1680-c.1830*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KIRK, LINDA (2000). "The Matter of Enlightenment", en *The Historical Journal* (Cambridge) 43(4): 1129-1143.
- MACINTYRE, ALASDAIR (1976). *Historia de la Ética*. Barcelona: Editorial Paidós.
- MORGAN, KENNETH O. (1984). *The Oxford Illustrated History of Britain*. Oxford: Oxford University Press.
- O'BRIEN, KAREN (1997). "Robertson's place in the development of eighteenth-century narrative history", en Brown, Stewart J. *William Robertson and the Expansion of Empire*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PAGDEN, ANTHONY (1997). *Señores de todo el mundo. Ideologías del Imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*. Barcelona: Ediciones Península.
- POCOCK, J. G. A. (1985). *Virtue, Commerce and History. Essays on Political Thought and History, chiefly in the Eighteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.
- POCOCK, J. G. A. (1999). *Barbarism and Religion: Volume 1, The Enlightenments of Edward Gibbon, 1737-1764*. Cambridge: Cambridge University Press.
- POCOCK, J. G. A. (2001). *Barbarism and Religion: Volume 2, Narratives of Civil Society*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PONS, ALAIN (2001). "Civilidad y Civilización". En Raynaud, Philippe y Rials, Stéphane (eds.). *Diccionario Akal de Filosofía Política*. Madrid: Ediciones Akal.
- OZ-SALZBERGER, FANIA (1995). *Translating the Enlightenment*. Oxford: Clarendon Press.
- ROBERTSON, WILLIAM (1856A). *The history of Scotland, during the reigns of Queen Mary and King James VI. Till his accession to the crown of England. With a review of the Scottish history previous to that period; and an appendix containing original letters*. Nueva York: Derby & Jackson.
- ROBERTSON, WILLIAM (1856B). *A View of the Progress of Society in Europe from the Subversion of the Roman Empire to the Beginning of the Sixteenth Century*. London: George Routledge & Co.
- ROBERTSON, WILLIAM (1856C). *The History of the Reign of the Emperor Charles V. With an Account of the Emperor's Life after his Abdication, by William H. Prescott*. London: George Routledge & Co.
- ROBERTSON, WILLIAM (1856D). *The history of the discovery and settlement of America*. Nueva York: Derby & Jackson.
- ROBERTSON, WILLIAM (1856E). *An historical disquisition concerning the knowledge which the ancients had of India; and the progress of trade with that country, prior to the discovery of the passage to it by the Cape of Good Hope. With an appendix, containing observations on the civil policy — the laws and judicial proceedings — the arts — the sciences — and religious institutions of the Indians*. Nueva York: Derby & Jackson.
- ROBERTSON, JOHN (1984). *The Scottish Enlightenment and the Militia Issue*. Edimburgo: J. Donald, Publisher.
- ROBERTSON, JOHN (1997). *The Scottish Contribution to the Enlightenment*. St. Hugh's College, University of Oxford. [Ponencia disponible en: <http://www.ihrinfo.ac.uk/projects/elec/sem12.html>].
- SMITTEN, JEFFREY (1985). "Impartiality in Robertson's America", en *Eighteenth Century Studies* (Maryland) (91): 71-72.



- SORIANO, GRACIELA (S/F). *Seminario Formas de Civilidad en Perspectiva Histórica y Actual*, Doctorado en Ciencias Políticas, Universidad Central de Venezuela, Caracas. [Este trabajo fue originalmente presentado dentro de las discusiones de este seminario].
- SORIANO, GRACIELA (1992). “El vicio, la virtud, la corrupción y el despotismo”, en *Revista de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas* (Universidad Central de Venezuela) (84): 56-80.
- SORIANO DE GARCÍA-PELAYO, GRACIELA (1996). “Aproximación histórica a ‘lo público’ y ‘lo privado’, a otras nociones afines y a sus relaciones, desde una perspectiva pluridimensional”, en Soriano de García-Pelayo, Graciela y Humberto Njaim (eds.). *Lo Público y lo Privado. Redefinición de los ámbitos del Estado y la Sociedad*. Tomo I. Caracas: Fundación Manuel García-Pelayo.
- WINCH, DONALD (2006). “Scottish Political Economy”, en Goldie, Mark, y Wokler, Robert. *The Cambridge History of Eighteenth-Century Political Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.